

© Jaime Molina García
© I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"

Edita: I. E. S. "José Luis Castillo-Puche"
Diseño colección: Victoria Carpena
Imprime: Yecla-Grafic, s. l.
I.S.B.N: 978-84-933649-5-3
Dep. Legal: MU-106-2009

El fantasma de John Wayne

Jaime Molina García

El Jurado de este Premio estuvo compuesto por Lourdes Ortega Puche, presidenta; Concha López Díaz, Anastasio Paredero Rodríguez, y Martín Martí Hernández, secretario.

Para mi hermano Daniel

El hombre que se llama Borja cruza la calle y es sacudido por una ráfaga de aire que le alza el cuello de la gabardina. Tiene la ropa y el pelo empapados, pues la lluvia le ha sorprendido justo unos instantes después de que él saliera del cine de la calle Goya. El ritmo de sus pasos es continuo y rápido, quizá demasiado si se considera que nadie le está esperando, ni tiene prisa por llegar a ningún sitio. La lluvia no parece importarle, y por su cabeza no le ha pasado, ni aun remotamente, la posibilidad de enfermar de una posible pulmonía. Se adentra en el barrio viejo, lanzando esporádicas miradas a las casonas que, de noche, con la tenue iluminación, disimulan su mal estado de conservación. Cuando atraviesa el casco viejo, siente una especie de alivio, aunque no sabe a qué atribuirlo. Baja por la rambla hasta el río y entonces lo ve, parado frente a él, en la acera opuesta, a punto de cruzar el mismo paso de peatones en el que se encontraba detenido, esperando la luz verde. Durante un instante incierto cree haber sido visto, y piensa que no cabe escapatoria posible, que el miedo lo forzará a permanecer allí, anclado, como si estuviese siendo presa de un hechizo. No sabe qué hacer, y aún tarda unos segundos en reaccionar, aunque actúa con torpeza. Se da la vuelta bruscamente, justo cuando el semáforo se abre, y se da de bruces contra un anciano. Sin que medie una disculpa por su parte, reanuda su marcha con prisa, y recibe toda serie de imprecaciones de aquel viejo a quien ha atropellado. Se

pregunta si habrá sido reconocido, y le resulta casi imposible imaginar que haya pasado inadvertido. Acelera aún más el paso, aunque sabe que si echa a correr, llamará aún más la atención. Siente que un par de ojos están siguiéndole con su mirada, es más, siente acechar el peligro como no lo había sentido nunca antes, y no sabe qué puede hacer. El corazón le late con fuerza, y no se atreve a volverse para comprobar si lo están siguiendo. Es el propio miedo el que guía sus pasos de forma caprichosa, casi aleatoria, haciéndole girar en cada esquina sin elegir un criterio lógico: así unas veces busca las calles más concurridas, mientras que otras, se adentra por las más solitarias. Finalmente se detiene en un bar y opta por entrar. Por momentos cree que allí se encontrará a salvo, pero también experimenta ráfagas de vacilación y una fuerza que supera su voluntad le dice que debe salir de allí cuanto antes. Se sienta en un taburete al fondo de la barra, pide una cerveza y se la bebe a tragos largos, con avidez. Casi de seguido se toma una segunda y una tercera cerveza que bebe con idéntica ansia. El camarero le observa con una mezcla de curiosidad e impertinencia. Ha bebido tan aprisa que el alcohol se le sube pronto a la cabeza, y comienza a marearse. No deja de mirar hacia la entrada del bar, para cerciorarse de que él no está ahí vigilando, esperándole. Al fin se levanta y paga, pero al ponerse en pie nota una ligera sacudida, como un temblor que nace de las piernas y le recorre el espinazo hasta golpearle en la cabeza. Aturdido aún, se da cuenta de que el alcohol no ha mejorado su estado de ánimo, antes al contrario, lo ha vuelto más susceptible. Sale del bar mirando a ambos lados. Se tranquiliza momentáneamente al comprobar que no hay nadie. Comienza a caminar tratando de orientarse, pues no sabe exactamente dónde está. Sigue recto por una calleja estrecha y poco iluminada, y al final se da cuenta de que ha acabado volviendo al río. Decide cruzar por el puente y a medio camino

se detiene, pues ha sentido un retortijón en el estómago. Procura contener la primera arcada, pero no logra dominar la segunda y acaba por vomitar en el río. Tras haber vaciado su estómago, se siente más aliviado, pero no más tranquilo. Se vuelve y entonces ve de reojo a alguien que se ha detenido a unos pocos metros de él. Cuando lo reconoce, da un salto hacia atrás, pero se queda inmóvil. Sabe que no puede huir. Sus piernas le flaquean y carece de fuerzas para echar a correr. El hombre lo mira sin mover ni un músculo, con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina, aguardando no se sabe bien qué. Finalmente, Borja se apoya en la balastrada del puente, de espaldas al río. El otro avanza despacio, con las manos todavía en los bolsillos. La luna ilumina su rostro dejándolo ver con nitidez. Borja le observa con detenimiento y permanece estático. El hombre se detiene justo enfrente de Borja. Saca una mano del bolsillo y se coloca un cigarrillo en la boca. Con la misma mano, rebusca en su bolsillo, hasta dar con el encendedor. Al prender el cigarrillo, su cara cobra un brillo nuevo, y a Borja le parece que, por un instante, toda su figura se ha quedado a contraluz, y eso le hace recordar la película de John Wayne que ha visto esa misma tarde. Es curioso, piensa, la misma obstinación que John Wayne, y entonces nota como si todo aquel miedo de un momento antes se hubiese desvanecido o, para ser más exactos, como si ese miedo no hubiera existido nunca. Los hombres se miran y Borja piensa, ya no puedo huir, ya no pienso huir. Toda su vida ha estado huyendo de sus propios fantasmas y cree que ahora ha llegado ese momento en que todo hombre debe hacer frente a sus fobias, o acabará transformado en un pelele pusilánime. No tiene sentido continuar así, piensa. Ya sólo puede esperar.

El rostro de Borja mostraba un agotamiento extremo. Su cuerpo adquirió una quietud desmayada cuando dijo:

—Así que eres tú. Por fin nos encontramos.

Él mismo se sorprendió de la firmeza de su voz al pronunciar estas palabras, una entereza aquella que acaso denotaba una intensa e inconcebible energía nacida de algún lugar recóndito de su ser, pero Borja sospechaba que era, al mismo tiempo, una fuerza vana, inane, desprovista de sentido. La mano del otro se había inmovilizado por encima de la gabardina. Los dos hombres se contemplaron desde ambos lados del puente. La tenue columna de humo del cigarrillo ascendía formando espirales delante del rostro del hombre, lo que le obligó a torcer la mitad de la cara, creando momentáneamente la apariencia de una máscara tallada en dos expresiones simultáneas.

—De modo que así ha de terminar todo esto —musitó Borja como hablando consigo mismo, sin esperar respuesta, hablando sólo por hablar, con la conciencia enturbiada que poseen los condenados a muerte.

El hombre lo miraba con la cabeza ladeada, fumando con las manos metidas en los bolsillos de la gabardina, con una apariencia de calma que era lo que más exasperaba a Borja.

—¿Por qué has de matarme, dime? ¿Acaso no ha terminado todo ya? Mi muerte no solucionará nada. Mañana me iré y no volveréis a saber de mí. —dijo Borja con rabia.

El otro habló entonces, con el cigarrillo pendiendo de la boca, sin alterar su posición.

—¿Y eso qué importa?

—¿Que qué importa? Todo importa en estas circunstancias, ¿no crees? Supongo que no puedo evitar el mal que ya os he causado, pero ¿de qué os servirá mi muerte? Mañana lo habréis olvidado. Cualquiera habría olvidado mucho antes.

—¿Olvidar? —dijo el hombre con voz ronca, dando una última chupada al cigarrillo antes de arrojarlo al río—. Ya sabe que nadie olvida. No es una cuestión de memoria.

Borja lo vio avanzar y se preparó. Aquello, supuso, era el fin.

Déjeme que le cuente cómo va a ser la historia. El protagonista, que usted interpreta, es un tipo desarraigado, y la trama guarda relación con ese cine negro que alguna vez ensayó Truffaut; ahora mismo me viene a la memoria una película suya llamada “Disparad sobre el pianista”. ¿No la conoce? No se apure, es igual. El caso es que su personaje tiene algo que ver con el ambiente de esa película, y también un poco con algunos personajes de películas del oeste, recuerde si no al Shane que interpreta Alan Ladd en “Raíces profundas” o al Ethan Edwards que encarna John Wayne en “Centauros del desierto”. Por cierto que si quiere ver ésta última, tiene ocasión de hacerlo hoy mismo en el cine Príncipe, que está dedicando un ciclo a John Ford... Pero, cómo, ¿que no le gustan las películas del oeste? Pues, aún así, le aconsejo que vaya a ver esta. John Wayne está extraordinario, en su mejor papel, y en cuanto a John Ford, qué le voy a contar, creo que su trabajo no admite reparo alguno. Vaya a verla y mañana la comentaremos. No se arrepentirá, ya verá como le saca algún provecho para encauzar su papel. Pero yo le iba a contar mi idea sobre cómo realizar esta película. Aunque el guión tiene pendientes algunos detalles, supongo que ya se habrá leído al menos una parte, así que le ahorraré detalles sobre el argumento y me centraré en su interpretación. Quiero que su personaje transmita una sensación de soledad, soledad total y hasta abandono, no sé si me entiende, uno de esos hombres marcados por la vida que parecen enfermos de tristeza y de misantropía. Quiero que en cada mirada suya

se refleje esa soledad, y también el desprecio hacia lo que le rodea, esa mirada que se encuentra en los tipos duros; como ya le dije antes, quizá sea John Wayne el modelo perfecto. Sus ojos tenían la proporción justa de dureza y de ternura, cada movimiento suyo estaba calculado para atraer al espectador. Wayne basaba su imagen fundamentalmente en su físico, no en vano tenía una fachada imponente, y muchos lo consideraban como un monumento a la masculinidad, si me permite usar una expresión que quizá le suene un poco machista... ¿Sabe? Acabo de recordar una anécdota suya que quizá ilustre lo que quiero decirle; cuando la leí pensé que se trataba de uno de esos casos en los que la naturaleza termina por imitar al arte, y es que John Wayne terminó por convertirse en una sombra de sí mismo, en un reflejo de sus personajes en la pantalla, en una prolongación de aquel tipo duro que en algún momento todos hemos admirado. Dicen que le sucedió en sus últimos años de vida; no recuerdo si fue debido a un accidente o a una enfermedad, el caso es que tuvo que ingresar en un hospital y, cuando le dieron el alta, los médicos trajeron una silla de ruedas porque no estaba en condiciones de andar, pero él la rechazó orgullosamente, porque sabía que afuera le estaban esperando centenares de periodistas. “Tengo una reputación que mantener”, le dijo a los médicos, como queriendo decir: imagínense lo que pensará de mí toda esa gente si me ven salir postrado en una silla de ruedas. Y pese a las protestas de sus cuidadores, salió del hospital como lo hubiera hecho en cualquiera de sus películas, quizá un poco maltrecho, sí, pero por su propio pie, con la mirada altiva, con ese rictus indolente y temperamental, un poco arrogante, pero al mismo tiempo humilde, como si lo que estuviera haciendo no supusiera un tremendo esfuerzo, como si todo aquel teatro que estaba representando formara parte de su idiosincrasia. Me pareció sencillamente admirable.

Toda la tristeza de la ciudad se vino encima con la repentina llegada de las primeras lluvias otoñales. El cielo grisáceo y el frío seco, casi despiadado, parecían sugerir un anticipo acaso demasiado prematuro de un invierno que ya no abandonaría la ciudad durante varios meses.

Los caserones blancos del barrio alto ya no lucían ese brillo que sólo poseían en los días soleados, y esa albura había sido reemplazada por la humedad grisácea de las calles; la luz de las farolas reflejaba el tenue brillo del agua sobre los adoquines y el asfalto; las puertas de las casas permanecían cerradas, y la ciudad mostraba su aspecto más solitario y despoblado, próximo a la desolación.

Gamboa llegó a su casa cansado, y en su cabeza sentía el leve mareo del alcohol. Giró la llave y encendió las luces del pasillo. Acudió con urgencia al cuarto de baño, levantó la tapa de la taza y vomitó estruendosamente. En el lavabo, dejó correr los grifos y metió la cabeza adentro. Con el pelo chorreando, se dirigió al salón y entró a oscuras. Cogió el mando que estaba sobre la mesa y encendió el televisor con un ademán que tenía algo de maquinal, sin sentarse y sin prestarle atención al programa que en ese momento había en pantalla. Se detuvo frente a la ventana. Desde allí, atendió brevemente al incesante repiqueteo de las gotas de lluvia sobre el asfalto, mientras observaba con aire distraído a los escasos peatones que circulaban a esa hora por la calle. De cuando en cuando, los faros de un coche iluminaban parcialmente el interior del apartamento, y una luz

que pasaba como una ráfaga aparecía y se extinguía al tiempo que se escuchaba, de forma casi acompasada, el sonido de los neumáticos salpicando el agua de un charco.

Cuando oyó una voz que lo llamaba a su espalda sintió una leve punzada en el corazón. Más que asustado, se había sentido sorprendido. Se volvió mecánicamente, sin temor, con un gesto de fastidio. No se molestó en contestar, sino que se dirigió tranquilamente hacia uno de los sillones orejeros y se dejó caer en él, soltando un resoplido. Desde la penumbra, procedente del sillón situado justamente frente al suyo, volvió a oír la voz que le invocaba, esta vez de forma más nítida.

—Quién es usted y qué hace en mi casa —contestó sin entonar la pregunta, de una forma deliberadamente dura, pero que sonó más bien a puro hastío.

—Necesito su ayuda, inspector Gamboa —dijo el hombre, e inclinándose hacia delante sacó su rostro de la penumbra. Éste quedó parcialmente iluminado por la escasa luz que entraba por la ventana y por la que emitía el aparato de televisión.

El inspector lo observaba desde el sillón sin ocultar su desagrado. No tenía ni idea de quién era ese hombre, ni cómo había podido entrar, ni siquiera se figuraba para qué había venido a su casa a esas horas. Pensó en echarlo sin más. Aquel no era un modo de presentarse en una casa. No, ni tampoco eran horas para recibir a nadie, pero se sentía demasiado desanimado para hacer éste u otros reproches, incluso tratándose de una visita inesperada como aquella.

—Lamento importunarle a estas horas —se excusó aquel individuo—. Pero se trata de un asunto de vida o muerte.

Gamboa se removió en su asiento, trató de controlar un retortijón del vientre y miró a su interlocutor a los ojos. No logró encontrar en su rostro el más leve indicio de miedo, o de preocupación, y aquello le produjo extrañeza y cierta inquietud

y también algo de indignación.

—¿Vida o muerte? —repitió con sarcasmo. Le hubiera gustado añadir algo más, mucho más que una simple interrogación que denotaba todo su escepticismo. Podría haberle mostrado su cara cansada y decirle que a diario pasaban por la comisaría decenas de chiflados que repetían esa misma expresión: vida o muerte. Podría haberle dicho que su trabajo le obligaba, entre otras cosas, a escuchar durante horas esa basura compuesta de mentiras, rencores y maldad que conforman el alma humana. Y todo eso, ¿para qué?, para consolar a una pobre gente cuyo único propósito era sentir que alguien los escuchaba, como un sacerdote a quien la gente acude para confesarse. Todo eso pasó por su cabeza y tuvo la sensación de que las ideas le venían a borbotones. No sabía hasta qué punto no debía impacientarte antes de haberle dado a aquel extraño la oportunidad de explicarse. Entonces dijo:

—Espero que lo que le haya traído a mi casa a estas horas sea verdaderamente importante.

—No lo dude. Aunque me temo que no sé por dónde empezar —dijo Borja adoptando un tono de disculpa.

—Lo más usual es que lo haga por el principio—declaró Gamboa frunciendo el ceño, sin sarcasmo aparente, visiblemente molesto—. Pero puede hacer lo que le plazca.

Borja pensó que aquello ya era un mal comienzo. Si para el inspector el orden de los acontecimientos era algo carente de importancia, eso implicaba necesariamente que no podía esperar mucho de él.

—Escúcheme —dijo Borja—. Quizá para usted yo no pase de ser un pobre loco con alucinaciones, pero le aseguro que he reflexionado con bastante detenimiento antes de dar este paso y presentarme aquí y no en la comisaría para hablar con usted. Sé muy bien que de haber ido a la comisaría usted

no me hubiera dado ninguna oportunidad de escapar. Aquí y ahora es diferente. Está solo, está indefenso. También parece estar borracho. Eso me facilita las cosas, entre ellas, una posible huida. Pero, ante todo, si estoy aquí no es únicamente porque tema por mi vida.

Tras oír esto, Gamboa se reclinó ligeramente sobre el sillón y entrecruzó los dedos de las manos. Escudriñó a su interlocutor con un ápice de curiosidad. Siempre lo hacía con aquellos que comenzaban sus historias con un reclamo de atención como aquél, si bien era verdad que la mayor parte de las veces, dicho interés se difuminaba conforme la historia avanzaba, volviéndose terriblemente trivial y superflua.

—Adelante —le animó a proseguir—. Le escucho.

—Si he venido a verle —continuó Borja —, es porque sé que usted conocía a mi esposa. Me consta que ella vino a buscarle hace unos meses para hablarle de mí, y puede que incluso le dejara alguna fotografía mía, no estoy seguro. En cualquier caso, tengo entendido que, en otros tiempos, ustedes fueron bastante amigos. En aras de esa amistad he venido a pedirle su ayuda.

De nuevo un desagradable cosquilleo le subió por el estómago y sus ojos se encendieron. Borja sintió un sobresalto cuando le oyó dar un palmetazo sobre el brazo del sillón.

—¿Es usted el señor Amezcua? ¿Borja Amezcua? —preguntó con un tono de voz que sonó irritado.

—Así es —respondió Borja cohibido ante aquella intemperada reacción.

Sus nervios le habían traicionado y se avergonzó por haber dejado traslucir sus sentimientos. Trató de rectificar y al hablar de nuevo empleó un tono neutro, retirando lentamente la mano hacia el bolsillo de su americana, como si estuviese escondiendo o tal vez buscando una pistola. Borja ni siquiera imaginó el desprecio que sentía por él, por un hombre que no

había demostrado ninguna aflicción pese a que su esposa había sido recientemente enterrada. Recordó el día que Julia vino a verle, ¿cuánto tiempo había pasado? Prefirió creer que no lo sabía o que no quería saberlo. Deseó que el tiempo se hubiera detenido aun a sabiendas de que eso no era posible, a sabiendas de que nada era cierto, que todo era una gran mentira. Borja le hablaba y él oía sus palabras sin entenderlas, como si fueran un molesto zumbido. En cualquier caso no le importaba porque ya sabía que Borja había venido a pedirle protección. Lo sabía entre otras cosas porque Julia había muerto por su causa. Y ahora ella estaba muerta y ese hombre quería que lo protegieran de los mismos tipos que mataron a Julia. Gamboa estaba convencido de que fue un error, que se tuvo que tratar de un error, que la bala que acabó con su vida estaba destinada al hombre que ahora tenía enfrente. Pensó en qué medida podría haber cambiado su vida de haber querido el destino que aquella bala acabase en el pecho de su destinatario real. Quizás ahora estaría con Julia, o quizás ella se habría marchado, en cualquier caso asumía que toda conjetura de ese tipo es inútil, incluso dañina.

Encendió un cigarrillo y se quemó los dedos con la cerilla. Sólo entonces reparó en que el otro hombre había dejado de hablar. Casi se había olvidado ya de su presencia; ahora él le estaba mirando y esperaba una respuesta, y el inspector cayó en la cuenta de que no sabía lo que iba a decir porque no había escuchado ni un solo instante su narración. Como si despertara de un sueño, le interrogó:

—En resumen, señor Amezcua, ¿qué es lo que espera que haga por usted?

—Acabo de explicárselo —murmuró el otro con perplejidad, y a continuación añadió: Sólo pido un poco de protección hasta pasado mañana. Entonces tomaré un avión con dirección a... no importa el destino, baste con decir que

está muy lejos de aquí. Tengo unos socios que me esperan allí y espero poder dedicarme a mis negocios, sin más sobresaltos. En cuanto a ellos... no sabrán dónde estoy y aunque lo averigüen, dudo que se tomen la molestia de buscarme, yo los dejaré a ustedes en paz, y este asunto se habrá olvidado para siempre.

Gamboa consideró durante unos breves segundos las palabras de Borja. El humo del cigarrillo había adensado la atmósfera de la habitación, ya de por sí cargada. Gamboa descolgó el teléfono situado en una mesita, junto al sillón, y pensó en llamar a su fiel ayudante, el sargento Hornos. Él le aconsejaría lo que debería hacer en ese caso. Se hizo un silencio a través del cual se podía oír el zumbido de la línea telefónica. Borja le miraba expectante. Finalmente, Gamboa puso de nuevo el auricular en su sitio y sin mirar a su interlocutor, le dijo:

—¿Y qué quiere que haga con usted ese tiempo? ¿Acaso desea esconderse en mi casa?—dijo el inspector dibujando una mueca que parecía una sonrisa forzada.

—No le pido tanto. Usted es un policía y a mí me busca la justicia... y más gente. Pero puede hacer algo mucho mejor que esconderme. Lo que le pido es que desvíe la atención de mis perseguidores. Ellos no han dejado de pisarme los talones todo este tiempo, y cada día tengo la sensación de que se encuentran más cerca... en parte gracias a la policía. Yo he venido a rogarle que mire para otro lado durante los próximos dos días. Haga que sigan una pista errónea. Nadie volverá a saber de mí.

—¿Y qué pasa si después de esos dos días usted sigue aquí?—preguntó Gamboa tras haber reflexionado la propuesta un instante.

—Será mi problema, y si usted me echa los perros encima, yo me lo habré buscado.

Gamboa se levantó del sillón y se dirigió hacia el aparador. Sacó una botella y un vaso y se sirvió generosamente. Tomó un

par de sorbos cortos y se quedó abstraído, mirando el fondo del vaso. Estuvo un momento así, dándole la espalda a Borja. Apenas se movió de su posición cuando dijo:

—No se lo voy a ocultar, señor Amezcua. Tengo razones para odiarle. Incluso hay una parte de mí que, en este mismo instante, me impulsa a acabar con usted. Desearía verle muerto, no se lo oculto. Pero no se apure. Soy incapaz de hacerlo, por varias razones. Una de ellas ya la ha dicho usted —dijo levantando el vaso—: estoy borracho. Otra es mucho más misteriosa y poderosa, pero no se la voy a explicar. Usted nunca la entendería... Voy a ayudarle, Amezcua. Pero dejemos las cosas claras. No lo hago por usted. Es por Julia. Y ahora váyase.

Borja se levantó y extendió su mano hacia el inspector, pero éste no se la dio. Entonces se fue sin decir ni una palabra más. Cuando se quedó a solas, Gamboa se dirigió de nuevo hacia la ventana. Caía una lluvia fina, persistente. Permaneció allí hasta que vio salir a Borja y siguió su figura hasta que la perdió de vista en un extremo de la calle. Pensó cómo actuaría él en caso de que se encontrase amenazado y concluyó que uno nunca sabe qué es lo que va a hacer hasta que no llega el momento. Pero no, no era eso. En el fondo no le importaba nada lo que el destino quisiera deparar a aquel extraño. Pensó que a la mañana siguiente lo primero que debía hacer era llamar al sargento Hornos, o mejor aún, hablaría con el señor Azpeitia. Sin embargo, se encontraba demasiado cansado para trazar un plan. Entonces sólo se planteaba terminarse la copa que aún sujetaba en la mano y tratar de dormir plácidamente. Sí, dormir, borrar con el sueño los restos del día, no pensar más en aquel asunto, no pensar en nada, no pensar. Y así lo hizo.

¿Cómo dice? ¿Que no le gustó “Centauros del desierto”? No puedo creerlo. Sí, ya sé que me avisó que no le gustaban las películas del oeste. Pero es que ésta es distinta a las demás. Desde la primera escena ya se nota que no estamos ante un *western* convencional. Recuerdo aquella primera escena de memoria, plano a plano: desde el interior de una casa una mujer abre la puerta, dejando entrever a contraluz el conocido paisaje del Monument Valley: el valle ocre, las montañas casi cilíndricas, el cielo de un azul imposible, un paisaje desolado que parece extenderse hacia el infinito. La mujer, de espaldas a la cámara, se asoma a la puerta y, pese a que aún no podemos distinguir su rostro, en sus movimientos se aprecia cierta lasitud. Entonces la mujer sale del contraluz y, en el porche, apoya con cansancio la mano en un poste. Mira hacia el horizonte y sólo por su quietud se intuye que hay en ella una tristeza oculta. Sin embargo, en una cuestión de segundos, se produce un cambio en su actitud, por lo demás imprevisto: toda esa apatía inicial se transforma en tensión. La cámara muestra al fin el rostro de la mujer, su pelo sacudido por el viento, y con la mano puesta a modo de visera para protegerse del sol. Está tratando de identificar algo, no sabemos aún qué, y en su rostro hay dibujado algo de nerviosismo, o por lo menos de expectación. Como una figura fantasmal, vemos a un jinete acercándose despacio desde la lontananza, y pese a que aún no se divisa con total claridad, el espectador reconoce sin ninguna sombra de duda la inconfundible silueta de John Wayne montando a caballo, llegado como de la nada, en el centro de aquel paisaje yermo, con un suelo de un rojo resplandeciente, brillante como el cinabrio. Y justo a continuación la cámara muestra al resto de los personajes que habitan la casa y que hasta

entonces ni siquiera sospechábamos que existían. Aparecen, al igual que John Wayne, como si fuesen fantasmas, y los vemos de perfil, entrando en escena con movimientos premeditadamente lentos, pues parecen sincronizados, como si formaran parte de un extraño ballet. De nuevo vemos al jinete, esta vez desmontando. El hombre de la casa acude a recibirle y ambos quedan frente a frente. John Wayne mira al otro con un atisbo de superioridad, erguido, imperturbable. Es un hombre que parece venir de vuelta de todo, y sólo por su manera de mirar se intuye que pertenece a esa casta de intocables, un auténtico semidiós a quien la vida ha dejado profundas marcas. Es entonces cuando oímos por vez primera su voz, fuerte y poderosa. Los dos hombres se estrechan las manos y se cruzan una breve fórmula de cortesía. Acto seguido, John Wayne se quita el sombrero para saludar a la mujer, a quien besa en la frente. Ella le pone entonces las manos sobre los hombros, y le dice con un gesto de contenida emoción: “Bienvenido, Ethan”. Es sin duda uno de los arranques más hermosos que se han rodado nunca en el cine. En apenas unos minutos, y con sólo dos palabras de diálogo, tenemos la sensación de conocer ya a los personajes. Por alguna razón, nos resultan familiares, aun sin saber nada de ellos. Sabemos que la mujer es infeliz, sabemos que, posiblemente, está enamorada de John Wayne, y que ese amor es recíproco. Sabemos que el otro hombre, el hermano de Ethan, ha rivalizado con él en el pasado y que aún queda algún resentimiento entre ellos. Sabemos que John Wayne es un hombre sin raíces, sin familia, un solitario, y sabemos que el suyo es un personaje condenado a seguir solo, como un fantasma errabundo.

Dicen que hay ventanas para mirar desde dentro y ventanas para mirar desde fuera. Quizá por una cuestión de deformación profesional, el inspector Santiago Gamboa pertenecía a esa especie de personas que consideraban más atrayente la segunda opción. De hecho, a él no le seducía aquella otra forma de espiar el mundo, ocultado entre paredes, acechando unas vidas sin relevancia, miles de seres y de vehículos anónimos en continuo movimiento, transitando sin descanso. Para mirar desde fuera era necesario, por otra parte, que concurrieran una serie de circunstancias: en primer lugar, resultaba imprescindible ser paciente, metódico, bastante concienzudo; en segundo lugar, para que existiera un verdadero interés, había que conocer a la persona que habitaba al otro lado de esos muros; por último, todo aquel proceso debía de conducir, inevitablemente, a un objetivo. En el caso de Gamboa coincidían todas esas condiciones salvo la última. El inspector era capaz de permanecer durante horas concentrando su atención en una simple ventana, eso era cierto, como también lo era que conocía a la persona a quien acudía a observar. Sin embargo, aunque tuviese sus motivos para hacerlo, no se puede decir que su vigilancia persiguiese un fin, sino que se trataba más bien de un hábito que él jamás asoció a un marcado rasgo de *voyeurismo*.

La rutina en que había transformado sus actos de espionaje dio lugar a que el inspector Gamboa hubiera llegado a reconocer todo lo que podía columbrarse a través de aquellas ventanas. Sabía las horas a las que solían encenderse y apagarse las luces, los momentos en que una ventana se abría o cerraba, e incluso creía poder distinguir las siluetas de las personas que se divisaban fugazmente, a contraluz, a través de los cristales.

Solía acudir, si no todos los días, sí unas cuantas veces

por semana a su puesto de observación, y escrutaba la casa por espacio de veinte o treinta minutos, a veces incluso más. Casi nunca sucedía nada excepcional. Si alguna vez entreveía la silueta de Julia, o la veía entrar o salir de la casa, sentía un pellizco en el corazón. Nunca, desde que ella lo abandonara, se había atrevido a dirigirle la palabra, y cada vez que acudía a su escondite se proponía a sí mismo que aquel día le hablaría o de lo contrario sería el último en regresar. Pero cada día era una reiteración del anterior, una nueva decepción, un nuevo engaño, y el tiempo continuaba jugando en su contra. Se decía a sí mismo que no le importaba esperar. De hecho, eso fue lo que siempre supo hacer mejor. Y así llegó un momento en que, apenas casi sin darse cuenta, habían transcurrido cuatro años desde que comenzó a merodear por la casa de Julia. A veces parecía percatarse de que aquella costumbre se había transformado en una obsesión, y llegó a temer que dicha obsesión pudiese derivar en locura. Entonces se proponía dejarlo, se decía que debía olvidar a Julia, renunciar a la misantropía, salir más con sus compañeros de trabajo y principiar nuevas amistades, pero aquel pensamiento acababa poniéndolo de mal humor. Pensó en solucionar su problema de múltiples formas: primero, se mudó a un apartamento en el extremo opuesto a donde Julia vivía, pero eso no impedía que recorriera las distancias que los separaban sin dificultad. Acudió a la consulta de un psicólogo, esperando que éste pudiese darle la fórmula necesaria para olvidarse de Julia, pero después de varias sesiones, lo único que el psicólogo supo decirle es que debía ser lo suficientemente maduro como para comprender por sí mismo la inutilidad de su comportamiento y actuar con sentido común. Finalmente, pensó en pedir el traslado a otra ciudad, pero entonces afloraba su temor por no volver a verla, y siempre dilataba el momento de hacerlo.

Su noviazgo con Julia se había mantenido sin tropiezos

durante varios años, e incluso ya habían hecho planes para casarse. Sin embargo, en el último momento, ella resolvió abandonarlo. Inicialmente, él no comprendió el motivo de tan inesperada decisión. Ella le explicó que se había dado cuenta de que las vidas que ambos llevaban eran en absoluto incompatibles. Le solicitó comprensión, y le hizo ver que ambos se habían ido alejando paulatinamente hasta ser unos completos extraños el uno para el otro, y que era mejor terminar a tiempo antes de concluir en un matrimonio abocado al fracaso. Santiago no podía estar menos de acuerdo con esa declaración, y se tomó aquellas palabras como un pretexto torpe que ocultaba un motivo diferente. Su opinión era sencilla y llanamente que Julia se había aburrido de una relación que a lo largo de los años se había limitado a mantener una serie de hábitos, como el de salir a pasear cada tarde por el centro, donde Julia observaba con codicia los escaparates llenos de vestidos elegantes, joyas preciosas, muebles refinados y lujosos adornos que estaban fuera de su alcance. A Santiago le enternecía ligeramente ese deseo tan mal disimulado, ese afán por poseer que consideraba un poco infantil, pero al mismo tiempo le dolía no poder adquirir para ella lo que sin duda consideraba meros caprichos inútiles. Casi siempre proseguían sus paseos recorriendo el viejo camino de sirga a orillas del río, hasta adentrarse en la pinada situada al nordeste de la ciudad, donde se tropezaban con muy pocos viandantes y donde él se atrevía a besar a Julia sin sentir vergüenza de ser observado. Después solían descansar en algún bar y, a veces, pasaban la noche juntos. Los fines de semana no solían variar mucho sus hábitos, con la salvedad de que disponían de más tiempo para verse y a veces ella le proponía ir al cine, a una obra de teatro, a un concierto, o a una exposición, cosa que él hacía aunque sin demasiada convicción, puesto que nunca supo encontrar en aquellos espectáculos el placer que Julia sí

parecía demostrar. Tras la separación, él pensó muchas veces si no habría sido esa indiferencia suya la que había echado a perder tantos años de relación, si ella no habría acabado viéndolo como a un hombre gris, un conformista, un funcionario aburrido sin expectativas ni inquietudes. Deseaba saber dónde había estado el fallo, quería que ella se lo dijera, y comenzó a rondar su casa, al principio con el propósito de forzar un encuentro que pareciese casual. Sin embargo, cada ocasión que tuvo de hablar con ella fue desaprovechada. Cada vez que se cruzaban en la calle, Santiago sentía un nudo en la garganta, y siempre acababa renunciando a entablar una conversación que no fuese sobre asuntos banales, con el pretexto de que todo cuanto había pensado decirle resultaba disparatado, impropio o fuera de lugar. Así sucedió hasta que un día la encontró con un hombre que la llevaba cogida por el talle, y que a simple vista parecía diez años mayor que ella. Su sorpresa fue mayúscula. Se sintió tan desconcertado que se dio media vuelta para esquivar un posible encuentro. No quería soportar la humillación de ser presentado como una vieja amistad. Aceleró el paso y anduvo con la mente nublada, totalmente desorientado, hasta que anocheció y tuvo que volver a casa cansado y abatido.

Tras una semana de indecisión, decidió informarse sobre aquel individuo, y se enteró de que se trataba de un abogado cuyos negocios habían prosperado y lo habían hecho rico en muy poco tiempo. Poseía una lujosa casa en el centro de la ciudad, una casa de campo y un apartamento en la costa. Conducía un par de deportivos y se vestía con ropa cortada a la medida. En definitiva, un hombre que llevaba el tipo de vida que Julia siempre había ambicionado, y que podía permitirse el lujo de mantener los gustos y los antojos que ella le exigiera. Santiago sintió rabia y, pese a lo evidente que resultaba, se negaba a aceptar que la decisión de Julia se hubiese producido por algo

tan mundano como el dinero. Pese a todo, siguió sin renunciar a ella, y trató de mantener una ilusión casi enfermiza que lo empujaba a seguir esperando pacientemente, empeñado en una quimera cada vez menos asequible.

No, se equivoca. No creo que Bette Davis sea el estilo de mujer que usted debería tomar como modelo. Me imagino que si se piensa en una mujer perversa, resulta inevitable considerar a la que probablemente ha sido la mejor actriz en ese tipo de papeles. Pero no. Su personaje no es así, y lamento haberle inducido a confusión si en algún momento se lo he hecho pensar. Verá usted, si hay algo que su personaje podría aprovechar de Bette Davis en esta película es su forma de fumar. Ella y Lauren Bacall han sido las mejores actrices fumadoras de la historia del cine. Sólo que en su caso, me interesa más el estilo de Lauren Bacall. Si la recuerda en “Tener y no tener” sabrá de lo que le estoy hablando. Hay una escena con Bogart, ella está apoyada contra el vano de una puerta, pide fuego, y Bogart se lo da. Es esa actitud autosuficiente, ese gesto de mujer que es independiente o que aspira claramente a serlo, lo que yo necesito para la película. Su personaje no cree en el amor. Y no es que no crea porque esté desengañada, es sencillamente porque nunca lo ha conocido. El hombre que usted conocerá en la película es como su seguro de vida, su flotador para no ahogarse en la desesperanza, pero no porque lo quiera, sino porque lo necesita. Quiero que comprenda bien la diferencia. El hombre le promete, y en cierta medida le da, esa vida que usted deseaba. El dinero, el

lujo, la seguridad, cierta comodidad. El amor, el verdadero amor, usted lo rechaza intencionadamente a cambio de este tipo de vida. Entiéndame bien, no es que yo quiera que su personaje deba reflejar remordimiento por haber tomado esta decisión. De hecho, quiero que quede patente en todo momento que jamás hubiese tomado otra decisión. El tipo de vida que le podía haber dado la persona a la que renunció no se parece ni remotamente al tipo de vida que lleva su personaje. Usted lo sabe y lo asume con naturalidad. Ha desechado a un amante como se desecha una lechuga que está pasada: sin rencor, sin resentimiento. Por eso no resulta duro para usted volver a encontrarse con su antiguo amor, aunque sea para pedirle que encuentre a su marido desaparecido. Usted no repara en la crueldad que conlleva un acto como este. Para usted es algo tan natural como reclamarle a un criado su desayuno. No es que carezca de sentimientos, simplemente actúa como si los demás no los tuvieran.

Sucedió una de esas tardes en que la apatía lo hizo demorarse adrede en la comisaría. En tardes como aquella, cuando no se sentía con ánimos de encarar la soledad en su propio apartamento, permanecía en su despacho y mataba el tiempo resolviendo crucigramas y fumando sin parar. Hacía ya varios días que no rondaba por la casa de Julia. Había pasado todo ese tiempo renunciando a pensar en ella. Como si se tratase de una burla del destino, Julia vino esa tarde a verle a la comisaría. Cuando la vio cruzar el umbral, apenas si pudo controlar su nerviosismo. Hacía años que no se habían cruzado una palabra. Ella no había cambiado casi nada. Las manos

del inspector temblaban, pero ella no lo notó. Al principio él había temido que su visita pudiese estar relacionada con sus merodeos por la casa, pero pronto supo que el motivo real era otro. Julia comenzó hablando sobre asuntos banales, pero enseguida desvió su conversación hacia lo que verdaderamente le había traído allí. Había venido a verlo como “amigo”, eso fue lo primero que ella le remarcó de un modo que irritó a Santiago Gamboa, acaso porque éste había esperado otra presentación. A continuación, cuando ella prosiguió, él se sintió doblemente decepcionado y dolido, pues comprendió que su visita nada tenía que ver con la amistad. En realidad Julia sólo había venido para pedirle consejo profesional. O, para ser más exactos, ella había apelado a su antigua amistad para solicitar su ayuda como policía. Su esposo había desaparecido, ése era el caso. Hacía una semana que faltaba de su casa y le había sido imposible localizarlo. En todo ese tiempo no había aparecido por el trabajo y tampoco contestaba a su teléfono móvil. Había comenzado a preocuparse y ésa era la razón de su visita. A Santiago Gamboa le resultó irónico que su antigua novia le estuviera pidiendo el favor de encontrar al hombre que, de alguna forma, motivó su separación. Por otra parte, parecía evidente que ésa no era la misma percepción que tenía su interlocutora. La miró a los ojos. Se preguntó si seguía queriéndola y se dijo a sí mismo que ya no le importaba. Sin embargo, las primeras preguntas que le hizo iban más destinadas a mortificarla que a tratar de esclarecer el paradero del marido. “¿Faltaba mucho de la casa últimamente?”, “¿notaste en él un comportamiento extraño en los días previos a su desaparición?”, “¿sabes si se veía con alguien?”, “¿sospechabas que pudiese tener una amante?”, fueron las primeras preguntas que le dirigió. A continuación, siguió la misma rutina, aplicó el mismo formulario de preguntas que se utilizaba en los demás casos de denuncias por desaparición. No le pareció encontrar

nada extraordinario. Cada día se archivaban decenas de casos como aquél. Leyó el nombre que acababa de escribir en una libreta: Borja Amezcua. Hasta ese mismo día no había sabido su nombre, tan sólo conocía el apellido. Le pareció un nombre extraño, casi ridículo. Julia le había traído también una fotografía. La miró aparentando indiferencia: no se parecía demasiado a la persona que él recordaba haber visto por la calle abrazando a Julia. En cualquier caso nunca mostró demasiada habilidad para recordar rostros, ni tampoco para recordar nombres.

—¿Cuánto se tarda en encontrar a un hombre desaparecido? —le preguntó Julia.

—Eso depende de cada caso —contestó él intentando dar a sus palabras un tono de profesionalidad—. Algunas veces se tarda sólo unos días, en otras ocasiones nunca llegamos a encontrarlos.

—¿Nunca? ¿Y qué hacéis en esos casos? —preguntó ella con preocupación.

—Nada, no podemos hacer nada. Archivamos el expediente.

Ella asintió, comprendiendo.

—Yo no me preocuparía demasiado —dijo él procurando ser amable—. Casi siempre acaban apareciendo antes que nosotros tengamos la menor pista de ellos. Ya verás como todo se soluciona pronto.

Ella se levantó y le tendió la mano que él notó fría, como si fuera la mano de una desconocida. Retuvo un momento aquella mano aplicando una ligera presión, mientras buscaba en sus ojos algún gesto revelador, pero ella no le miraba. Entonces la soltó con una sensación de derrota, estremecido, pese a todo, de haber sentido su tacto.

—Julia —musitó.

Pero ella ya había salido por la puerta.

Su papel es crucial, supongo que ya se habrá dado cuenta. Antes de que rodemos mañana, quiero pedirle que piense en todas esas viejas películas de cine negro. En ellas está el ambiente que yo deseo reproducir. Con respecto a la pregunta que me ha hecho antes sobre cómo encauzar su personaje, trataré de responderle a mi manera. Si me fuera posible disponer del tiempo a mi antojo y recurrir a actores del pasado, yo habría elegido sin dudar un instante al gran Claude Rains. Digo que fue grande y, sin embargo, hay una doble ironía en esa afirmación. No sé si sabe que era tan bajito que, cuando rodó “Encadenados”, en las escenas que tenía que aparecer en pantalla junto a Ingrid Bergman en el mismo encuadre, para que no se notara la diferencia de altura con la actriz sueca, Rains se tenía que poner unas calzas. Y en cuanto a su talla como actor, no le dejaron llegar demasiado lejos, a pesar de haber sido maestro de actores tan ilustres como Laurence Olivier; Rains siempre acabó relegado a papeles secundarios, y los pocos principales que interpretó ya apenas si se recuerdan: protagonizó una de las versiones de “El fantasma de la ópera”, y realizó una magnífica interpretación de Julio César en “César y Cleopatra”. Pero me estoy desviando del asunto principal. Verá, si he elegido el ejemplo de Claude Rains ha sido pensando más que nada en su papel de “Encadenados”. He ahí al tipo de hombre que quiero que observe para su actuación. Naturalmente, su personaje no es ningún nazi, ni tiene en su casa uranio escondido en las bodegas, pero sí que existen algunos puntos en común: la amenaza que al final se cierne sobre ellos, por ejemplo; como sabe, en su papel usted no sólo comete delitos por los que puede ser encarcelado, sino que, como le ocurre a Rains en

“Encadenados”, corre peligro de muerte si llega a ser descubierto. También son factores comunes en ambos personajes el miedo y la cobardía que afloran cuando las cosas comienzan a ponerse difíciles. Ninguno de los dos acepta la muerte como un destino que les ha de llegar prematuramente, aun sabiendo que están viviendo una situación confusa y aventurada. Aparentemente respetables, sólo buscan la vida fácil, la comodidad; el peligro que se ha cruzado en sus vidas debe de ser para ellos algo excepcional, un tránsito momentáneo... Pero discúlpeme, veo por la expresión de su rostro que me estoy yendo demasiado por las ramas. Deberá aprender a soportar mis digresiones, ahora que vamos a trabajar juntos, durante algún tiempo. Espero que, al menos, le sean de algún provecho. Y ahora, si me disculpa, aún debo terminar algunos preparativos para el rodaje de mañana. Nos veremos en el plató.

El hombre con cara de matón salió del coche primero. Borja les estaba esperando en la casa. Era noche cerrada y el silencio reinante revelaba que nadie andaba por aquellos parajes. Pese a ello, ambos hombres escrutaron a su alrededor con desconfianza, y cuando se sintieron más seguros, sacaron a la chica del coche. Ella había realizado todo el trayecto en la parte posterior del coche, oculta bajo unas mantas, precaución algo rudimentaria si se considera que aquel iba a ser un secuestro del que los hombres esperaban conseguir una buena tajada. Sin mediar palabra, los tres se dirigieron a la entrada, y una vez dentro de la casa, el otro hombre abrió la trampilla de un sótano y descendieron una docena de escaleras. Pese a no ser

demasiado amplio, el lugar estaba bien acondicionado, como un pequeño estudio; tenía su propio baño, una cama y un armario amplio, una cocina eléctrica portátil, un pequeño frigorífico, e incluso una mesa de comedor y un televisor. Una vez abajo, Borja rompió el silencio.

—Bueno —dijo dirigiéndose a la chica—. Esta será tu residencia hasta que tu padre pague el rescate. Naturalmente, deberás permanecer todo el tiempo en este sótano. En el frigorífico hemos dejado alimentos suficientes para mantenerte un mes. En el baño encontrarás todo lo que puedas necesitar para tu aseo. Vendremos a verte una vez por semana y si necesitas algo que no hayamos previsto, apúntalo en la libreta que hay sobre la mesa y trataremos de proporcionártelo. Aunque te consideramos advertida, es inútil que trates de escapar. La casa permanecerá cerrada, y por estos parajes no anda nadie. El pueblo más cercano está a veinte kilómetros, y aun suponiendo que lograras salir de la casa, para llegar a él tendrías que andar un buen trecho antes de encontrar la carretera.

La chica miró a su alrededor, examinando cada rincón atentamente. Se sentó en la cama y pidió un cigarrillo.

—Nosotros no fumamos —respondió Borja—. Puede que ahora sea una buena ocasión para dejarlo —añadió con sarcasmo.

—Yo decido lo que hago con mis propios vicios. Quiero que me proporcionéis cigarrillos. Me gustan los Chesterfield, pero me conformo con cualquier otra marca de tabaco rubio. No es demasiado pedir, teniendo que con lo que os pagaré mi padre podréis comprar muchas cajetillas.

—No nos interesa lo que tú piensas que podemos hacer con el dinero —replicó el hombre de un modo bastante grosero.

—¿Cuánto os pagaré mi padre? —preguntó ella ignorando el comentario con afectada indiferencia.

—No hemos venido aquí para hablar contigo de eso —contestó Borja.

—Me habéis secuestrado, o eso se supone. Quiero saber cuánto le habéis pedido a mi padre por mí. Creo que tengo derecho a saberlo.

—Pues te equivocas, eso no es una cuestión de tu incumbencia —respondió el otro hombre.

—Sí lo es. A fin de cuentas, me gusta saber por cuánto se me tasa.

—Cinco millones —atajó Borja, queriendo poner fin a aquella discusión. El otro hombre le miró con enojo, y luego sacudió los hombros con un gesto brusco.

—¿De pesetas?

—No digas estupideces. Cinco millones de euros.

—¿Y mi padre estará dispuesto a pagar todo ese dinero por mí? —preguntó sonriendo con coquetería.

—Teniendo en cuenta el capital que generan sus negocios, espero que sí —explicó Borja.

—Pero no lo hará. Conozco a mi padre. Antes de pagar querrá buscarme. Llamará a la policía, contratará a detectives. Me encontrará. Antes que dar su brazo a torcer, sé que me encontrará.

—¿De veras lo crees? —dijo el otro hombre—. Pues yo te digo que no hará nada de eso. Si valora tu vida en algo no llamará a la policía, ni contratará detectives, ni nos joderá de ninguna otra forma. Y no lo hará porque no le dejaremos que lo haga.

—Estáis muy seguros de vosotros mismos. Si os encuentra, y seguro que lo hace, os matará.

El hombre se abalanzó sobre ella con la mano abierta, dispuesto a abofetearla. Borja se interpuso y volviéndose hacia ella, dijo con aparente seguridad:

—Me entenece que pienses tanto en nuestra propia seguridad, pero deja de preocuparte por nosotros. Para cuando

tu querido papaíto dé con nuestra pista, esperamos tener ya el dinero y volar muy lejos de aquí—declaró Borja, aparentemente seguro de lo que decía.

—¿Adónde tenéis pensado huir? ¿A algún paraíso tropical? —inquirió la chica, mirando a los dos hombres con gesto desafiante.

—Tal vez —comentó Borja con indiferencia, y dirigiéndose hacia su compañero le dijo: Márchate tú primero. No conviene que alguien pueda ver nuestros dos coches saliendo juntos. Yo haré tiempo aquí y me marcharé en unos minutos.

—De acuerdo —contestó el hombre.

Borja le acompañó hasta la puerta y allí le dio unas últimas instrucciones. Convinieron en verse tres días después en un café de la capital, y allí decidirían cuáles serían sus siguientes actuaciones. El hombre, a quien Borja llamaba el señor Fernández, se montó en el mismo coche en el que había traído a la chica. Borja lo vio perderse en el horizonte. Entonces cerró la puerta y bajó de nuevo las escaleras del sótano.

—¿Y tu compañero? ¿Se ha ido ya? —preguntó la chica.

—Sí.

—Entonces ven.

Borja se acercó y ella le rodeó con sus brazos y lo besó. Él se dejó besar y luego se separó bruscamente.

—¿A qué ha venido todo ese número? Podías haberlo estropeado todo. El señor Fernández no es estúpido. Seguro que sospecha algo.

—¿Qué va a sospechar? ¿Que tú y yo estamos juntos en esto? ¿Y qué? Él tendrá su parte, ¿no es eso lo que importa?

—No quiero que piense que lo estamos engañando. Si en algún momento siente que algo puede salir mal, actuará sin miramientos, y entonces, créeme, tú y yo seremos los que saldremos perdiendo. No podemos hacer esto sin él, y estoy

seguro de que sospecha algo. Lo he visto en su mirada.

—¿Tienes miedo?

—¿Por qué dices eso?

—Estás muy tenso, mi amor —dijo ella con sarcasmo.

—No me llames amor, sabes que no me gusta. Y no tengo miedo. Lo que ocurre es que estoy pensando en todo lo que aún tengo que organizar.

Ella se rió.

—Está bien, no te llamaré así. Pero no quiero que te marches todavía. Sabes que no soporto estar sola.

—Vas a tener que aprender a estar sola. Aquí no tendrás a una cohorte de aduladores dispuestos a hacerte el amor.

—Es una lástima —dijo ella con sarcasmo—. Por ahora supongo que debo de conformarme contigo. Quédate un poco más. Pasa conmigo esta noche. Tu esposa no te echará de menos.

—Eres una cínica. Sabes que no puedo quedarme. En el futuro, cuando tengamos el dinero, dispondremos de todo el tiempo para estar juntos.

—No me hables del futuro. El futuro es una ilusión. Y no te hagas de rogar. No me gusta.

Borja la miró a los ojos. Se encontraba muy cerca de ella, a tan sólo un paso. Estaba desconcertado. Ella se acercó aún más, hasta que sus cuerpos se rozaron.

—¿Vas a quedarte entonces?

—Sí —respondió al fin.

El señor Fernández había llegado a la cita con antelación, y cuando Borja entró él llevaba una media hora en aquella cafetería. Borja lo encontró en una de las mesas del fondo del local. Sobre la mesa había dos tazas de café vacías.

—¿Son tuyas las dos? —preguntó con curiosidad.

—El otro día estuve esperándote —dijo el señor Fernández, desoyendo su pregunta—. En la carretera, al salir de la casa. Y no te vi salir.

—Tomé otro camino —mintió Borja sin alterarse—. Ya te dije que no quería que nos vieran juntos.

—Ya. Espero que no estés tramando nada a mis espaldas. Creo que no es necesario que te diga lo que te puede suceder si tratas de engañarme.

—¿Es una amenaza?

—Llámalo como quieras. Pero considérate advertido.

—Está bien. Cambiemos de asunto. ¿Has telefoneado al señor Azpeitia?

—Sí. Resultó muy fácil.

—¿Le advertiste que no llamase a la policía?

—Sí. Le amenacé con que si lo hacía no volvería a ver a su hija. Ese tipo no tiene agallas. Enseguida se deshizo. Poco le faltó para ponerse a llorar. Le temblaba la voz. Casi me lo podía imaginar, al otro lado del teléfono. Sentí deseos de escupirle en la cara.

—Perfecto. Más nos vale que esté asustado de verdad y ceda pronto. Ahora me toca entrar en juego a mí.

—¿Qué harás si no te llama?

—No creo que eso suceda. Soy más que su abogado, soy su asesor, su contable, su hombre de confianza para todas las cuestiones legales. Me llamará, estoy seguro.

—Bien, y cuando lo haga, ¿qué?

—Ya hemos hablado de eso. Le recomendaré que pague y que se abstenga de llamar a la policía. Me ofreceré a ser yo el intermediario para las cuestiones de la entrega del dinero y la recuperación de la chica.

—¿Y qué más?

—A ti te tocará vigilar a la chica. Y también deberás prestar atención al señor Azpeitia. Puede que te pareciese un cobarde, pero no creas que se va a limitar a soltar el dinero sin más.

—¿A qué te refieres?

—Estoy seguro de que enviará a alguien. No se quedará sentado en su sillón esperando a que los secuestradores se decidan a soltar su presa. No debes subestimarlos nunca.

—Bah, no me preocuparía por eso. Si manda a uno de sus hombres, yo me encargaré de él.

—No me preocupa lo que hagas con sus hombres, pero estos nunca deben llegar a Melanie.

—¿Melanie?

—Es el nombre de la chica, creía que lo sabías.

El señor Fernández se puso en pie y tomó su abrigo.

—Melanie... Está bien, ahora me toca esperar. Volveré a llamar al señor Azpeitia esta noche. En cuanto a nosotros... No es prudente que volvamos a vernos aquí.

—Nos encontraremos en la casa cuando sea necesario.

El señor Fernández asintió. Se puso el abrigo y dejó unas monedas sobre la mesa. Inició el ademán de marcharse pero se volvió un momento hacia Borja.

—Se me olvidaba —dijo con media sonrisa—. Sólo una era mía.

—¿Cómo?

—Las tazas. Sólo una era mía. Me lo preguntaste al entrar aquí... Yo nunca olvido nada, tenlo presente.

Creo que su idea de convertir su personaje en una especie de padre modelo no es demasiado adecuada. Tenga en cuenta que, aunque por descontado usted ama a su hija con locura, en el guión se insinúa que hay algo de incestuoso en las relaciones entre padre e hija. Nada explícito, por supuesto. Los críticos y el público en general se muestran muy censores a la hora de juzgar este tipo de situaciones, aunque sólo sucedan en la pantalla, en una ficción como ésta. Además, su personaje es un sujeto que, para decirlo de una forma suave, se gana la vida de un modo que no se puede considerar precisamente virtuoso. Aunque tampoco se explican explícitamente en qué consisten sus negocios, el espectador sabe que son negocios sucios. Por eso la idea de convertir a este hombre en un padre a lo Atticus Finch, me parece sumamente inapropiada... ¿Que no sabe quién es Atticus Finch? Disculpe, a veces doy por sentado que todo el mundo conoce las películas de las que les hablo. Atticus Finch es el abogado que encarnó Gregory Peck en “Matar a un ruiseñor”, todo un modelo de honradez y rectitud, algo que para Dickens hubiera resultado imposible de creer, pues odiaba a los abogados. Ah, ¿la ha visto? Sí, claro, es de esas películas que no se olvidan fácilmente. En cualquier caso, como usted comprenderá, esa visión del personaje no encaja en mi película. Ni siquiera creo que encaje del todo un papel como el de Marlon Brando en “El padrino”. En esa película todos sabemos qué clase de persona es Vito Corleone y, sin embargo, resulta obvio el amor que siente por los suyos, por su familia, por sus hijos. Desde ese punto de vista, la relación entre el padre y la hija puede resultar aceptable, pero no creo que sea del todo completa. El sentido de la familia y el

aspecto protector que demuestra Marlon Brando son también aplicables a su caso, pero yo creo que usted debe ir algo más allá. Resulta obvio que usted haría lo que fuera por proteger a su hija, que pagaría cualquier rescate que le exigieran con tal que se la devolvieran de una pieza. Su personaje no soportaría en modo alguno ver a su hija mancillada, imaginarla en las manos de sus secuestradores, drogada y forzada. Pero lo que menos soportaría sería su traición, la traición y el engaño de una persona de su propia sangre, carne de su carne. Y ahí es a donde yo quería llegar. Le pondré un ejemplo clarificador: el de John Wayne como Ethan Edwards en “Centauros del desierto”; su caso es verdaderamente extraordinario, pues se trata de un hombre que es capaz de buscar incansablemente durante años a su sobrina con el único propósito de darle muerte. Quizá nos parezca éticamente reprobable, pero hay algo de grandeza en esa actitud, ¿no lo cree? Fíjese en el matiz sobre el que quiero incidir para que reflexione: en su papel usted estará dispuesto a pagar cualquier rescate, entiéndase bien, cualquiera, por volver a ver a su hija, pero al mismo tiempo usted sería capaz de matarla si llega a descubrir que ha sido engañado, y de hecho lo descubre. ¿Me entiende ahora?

—Adelante —oyó que decía la voz del señor Azpeitia.
Cuando atravesó el umbral tenía el corazón encogido.

Se había imaginado aquella escena de múltiples formas. Había tratado de calcular cada posibilidad, como en una partida de ajedrez, había previsto las respuestas para cada pregunta. Desde que el señor Fernández hiciera su segunda llamada habían transcurrido más de veinticuatro horas, y para entonces los medios de comunicación aún no se habían hecho eco de la noticia del secuestro. Toda la incertidumbre de la espera se había disipado al fin y ahora que parecía haber llegado el momento crucial, todos sus ensayos para afrontar aquel encuentro le resultaron inútiles. No estaba preparado para enfrentarse a la mirada del señor Azpeitia, para soportar toda su carga de rabia, su anhelo de venganza, su odio sin límites. Al entrar, reparó en la presencia de una tercera persona a quien no había visto antes, sentada en un sillón, de espaldas a la ventana. Se trataba de un hombre rubio, ni demasiado alto ni demasiado fornido, con una palidez que le daba un aire nórdico. Durante todo el tiempo que duró su entrevista con el señor Azpeitia aquel hombre permaneció sentado allí sin intervenir en la conversación, sin moverse apenas, fumando en silencio.

—Siéntate, Borja. Lo que voy a contarte es un asunto muy serio. Ha ocurrido algo terrible—anunció el señor Azpeitia.

Mientras le exponía la situación, Borja fue interpretando su papel a la perfección. Controló las distintas expresiones de su rostro: la sorpresa, el desconcierto, la indignación. Dejó que el señor Azpeitia hablara a sus anchas, hasta desahogarse. Y aunque trataba de poner atención a sus palabras, su mirada se desviaba regularmente hacia el hombre del sillón, quien a su vez no dejaba de mirarlo fijamente, como si estuviera vigilándolo. Una pregunta de Azpeitia lo devolvió al tema central de la conversación.

—¿Qué opinas tú de todo esto, Borja? Quiero tu opinión más sincera. Habla sin tapujos. Después de todo, es la vida de

mi hija lo que está en juego.

—Exacto —comentó Borja—. Y eso hace que esta situación sea sumamente delicada además de desdichada. Bueno, supongo que lo más sensato es pagar. No se me ocurre que otra cosa se podría hacer en un caso como éste.

El señor Azpeitia cruzó una mirada con el hombre rubio. A un gesto suyo, éste se levantó y se marchó sin decir una palabra.

—Pues yo si he pensado en otras alternativas —dijo Azpeitia retomando la conversación—. Le he dado muchas vueltas, Borja. El hombre que estaba aquí sentado, supongo que te habrás preguntado quién era. Le he llamado para que busque a mi hija, le he ofrecido una cantidad de dinero que satisfaría a una docena de tipos como él. Deseo que él la encuentre, y quiero que mate a los cabrones que la han secuestrado. No voy a consentir que unos miserables delincuentes se lleven a mi hija sin más, hazte cargo.

—Pero ellos te habrán pedido que les pagues. Te habrán concedido un plazo. ¿Qué pasará si no los encuentras antes de que venza ese plazo? ¿Piensas poner en peligro la vida de Melanie por una cuestión de orgullo personal?

—No me hables de orgullo, joder. Tú no oíste a ese tipo. Te aseguro que ponía los pelos de punta. No se trata de orgullo, ni de altanería. Creo que hago lo que debo, eso es todo.

—Pero, ¿y si no la encuentra? —insistió Borja—. ¿Qué harás entonces?

—Tengo ese dinero, Borja. Podría pagarlo ahora mismo. Pero no voy a ponérselo fácil. Te he llamado a ti para que te ocupes de todo, para que seas mi enlace. Quiero que seas tú el que pacte la entrega, por si todo lo demás falla. Sé que puedo confiar en ti, en tu lealtad; tú eres mucho más que mi abogado, eres mi amigo.

Borja tragó saliva. Usó un tono deliberadamente

emocionado para decir:

—Me honra tu confianza. Y desde este momento te digo que puedes contar conmigo para cualquier cosa. Estoy a tu entera disposición. Pero sigo pensando que es una locura lo que planeas. Piénsalo dos veces antes de seguir adelante con ello.

Los dos hombres se quedaron en silencio, frente a frente. Azpeitia se volvió ligeramente antes de decir:

—Demasiado tarde. La búsqueda ya ha comenzado.

Usted es la niña mimada de esta historia. Sí, creo que ése es el mejor calificativo para su personaje. Es una niña de papá, o una pija, como se dice ahora, una de esas mujeres que no han madurado del todo, que parecen estancadas en un momento de su infancia y a las que no nos sorprendería ver jugando con muñequitas cuando ya están en edad de ir a la Universidad. Es la típica chica del gángster, con una mezcla de malicia e ingenuidad. Aunque en este caso el gángster es su padre y no su novio. Si recuerda, en el guión su padre la tiene recluida en un palacio de cristal, es usted una prisionera con todos los lujos a su alcance, con todos sus caprichos cumplidos, pero sin libertad para salir de su casa y, por supuesto, alejada de los hombres. Su reclusión la lleva a convertirse en una ninfómana, como le ocurre a un personaje de Faulkner. En un momento de la película encuentra a un hombre; por supuesto, no es el hombre de su vida, ni siquiera es su tipo, pero eso no le importa. A usted sólo le interesan dos cosas de él: la primera, el placer que le proporciona como hombre; la segunda, que usted lo

considera su pasaporte hacia la felicidad. El amor, quiero decir, lo que nosotros siempre hemos entendido por amor, usted no lo siente, o no es capaz de sentirlo. Su personaje no trasciende más allá del sexo, no se plantea siquiera que exista algo más allá de lo puramente carnal. En esa actitud, por paradójico que le resulte, hay algo de inocencia, pues su cuerpo busca el placer, eso es cierto, pero también busca una liberación. Por eso cuando el hombre le propone engañar a su padre para cobrar una recompensa por un secuestro fingido, usted acepta sin dilación. Después de aceptar el plan siente miedo, pero no por usted, pues piensa que siendo su padre el único sujeto del engaño, nada malo puede sucederle. No calcula los enrevesados giros que engendran la codicia, la venganza, el rencor. No piensa en el daño que va a causar a terceras personas, ni se le pasan por la imaginación los hilos que su padre comenzará a mover para recuperarla. Usted no ha caído en la cuenta de que, al poner en marcha su plan, usted seguirá encerrada, aunque esta vez habrá cambiado su palacio por una urna mucho más incómoda, más aislada, sin nadie que esté pendiente de usted las veinticuatro horas. Para entonces se dará cuenta, aunque demasiado tarde, de que usted misma se ha tendido su propia trampa, y tratará de escapar por todos los medios. Pero entonces chocará de frente con la codicia, con la venganza, con el rencor de los que le he hablado antes. Su ingenuidad no le permitirá ver que se encuentra atrapada sin remedio, como un pajarillo indefenso. Atrapada, ya nadie querrá hacer nada por usted.

—Todo ha salido a pedir de boca—dijo Borja mientras

se vestía—. Tu padre se hace el duro, y ha contratado a un tipo para buscarte, pero en mi opinión sólo se trata de una bravuconería. Nadie podrá encontrarte aquí jamás y, salvo que suceda una calamidad, nunca nos podrán relacionar con el secuestro.

—¿No ha intentado bajar el precio?

—¿Bromeas? Tu padre te adora. Jamás regatearía ni un céntimo por ti.

—¿Qué haremos cuando el dinero sea nuestro?

—Ya hemos hablado de eso muchas veces. No me gusta hacer planes de futuro con tanta antelación. Nunca se sabe cómo pueden cambiar las cosas.

—¿Acaso temes que algo pueda salir mal?

—No se trata de eso. Es sólo que... Pero basta, dejémoslo ya. Te he dicho que no quiero hablar más de este asunto.

—Y entretanto yo tendré que seguir haciendo el papel de niña buena —dijo Melanie abrazándolo por la espalda.

—Exacto —repuso él con sequedad, soltándose de su abrazo. Ella lo miró con extrañeza. En su rostro había aparecido un gesto de disgusto.

—Esto es peor que una cárcel —dijo cambiando el registro de su voz—. Estoy harta de estar aquí encerrada. Me encuentro tan sola, y tengo miedo. A veces me ha parecido oír pasos allí afuera y yo no sabía si eras tú o si era mi imaginación que me estaba jugando una mala pasada.

—No es el momento de plantear quejas, ¿me oyes? —casi gritó él volviéndose rápidamente, con el dedo índice levantado, con un ademán que podía tanto significar amenaza como reprimenda—. No voy a permitir que estropees esto en el último momento.

Ella había enmudecido, sorprendida y algo abrumada por aquella reacción. El hombre daba vueltas por la habitación. Conforme continuaba hablando, iba elevando el tono de su voz.

—¿Una cárcel, dices? Se nota que nunca has estado en ninguna. No llevas aquí ni una semana, dispones de comodidades con las que no podría soñar ningún recluso. Y sabes que, cuando esto termine, dentro de una semana o dos, tendrás dinero suficiente para vivir en un hotel de lujo. ¿Y vas a echar todo a perder por una nimiedad? ¿No eres capaz de asumir un pequeño sacrificio?

Melanie comenzó a llorar, y Borja se detuvo frente a ella, apenas a un metro de distancia. Al ver caer sus lágrimas se sintió extrañamente relajado. No sentía remordimiento alguno. Se sentó en el borde de la cama, y encendió un cigarrillo del paquete que había sobre la mesita.

—Creía que tú no fumabas —sollozó ella.

—Lo dejé hace tiempo. Ahora... qué más da, supongo que no tiene mayor importancia.

—Si tienes que irte, hazlo ahora. —dijo Melanie bruscamente—. Me gustaría quedarme sola.

—Melanie, yo...

—Por favor.

Borja se levantó y terminó de arreglarse la corbata. Se quitó el cigarrillo de los labios y lo puso en los de Melanie. Le dijo:

—Escúchame. Vendré mañana a verte. Te prometo que vendré más a menudo, siempre que pueda. Si no lo he hecho hasta ahora es porque es peligroso que frecuente esta casa, deberías saberlo.

Ella no contestó. Borja comenzó a subir las escaleras y abrió la trampilla. Melanie oyó cómo cerraba la puerta de la casa y, más tarde, el ruido de un motor que se alejaba.

Mientras, en la planta baja, una sombra salió sigilosamente de detrás de las cortinas del comedor. Era el señor Fernández.

Deseche ese trozo. Creo que no nos interesa para nada. Muy bien, ahora vamos a proseguir el montaje de acuerdo con la planificación de la secuencia. Para empezar pondremos el plano medio de la chica frente al espejo, con la puerta al fondo. Estoy orgulloso del trabajo realizado por nuestro operador. Es inmejorable. Fíjese cómo ha logrado captar toda la profundidad de la habitación, para que cuando la trampilla se abra y el señor Fernández baje lo podamos ver justo por encima del hombro de Melanie. Ahora la cámara se queda fija unos segundos más hasta que el señor Fernández avanza hasta el centro de la habitación, eso es, justo hasta ahí. Corte justo cuando la chica se está dando la vuelta. Perfecto. Ahora buscaremos la escena de la pelea. Tenemos distintos ángulos en los cuales se ve a la chica resistiéndose a su agresor, le dejo a usted el criterio para montarlos y, por último, pondremos el plano en el que la vemos correr escaleras arriba, intentando escapar por la trampilla que el señor Fernández se ha dejado abierta. Déjeme ver el resto del material... Bueno, creo que habría que añadir este plano corto en el que se ve al señor Fernández corriendo para subir la trampilla, ¿a usted qué le parece? ¿Lo dejaría como está? Hum, en cualquier caso, lo podemos visionar de las dos maneras y decidiremos cuál queda mejor. Por último, viene la toma en el piso superior, justo enfrente de la segunda puerta. Estoy realmente satisfecho de cómo ha quedado. ¿Sabe? A veces, cuando estoy rodando una escena me doy cuenta enseguida de si está bien realizada, pero nunca sé todo lo bien que está hasta que no la veo en una pantalla. Es como si la pantalla me enseñara cosas que mi

simple visión no puede ver, o como si la cámara registrara cada escena, o incluso el interior de los personajes, de una forma que el ojo desnudo es incapaz de percibir. Fíjese en esta escena. La chica se mete dentro de esa habitación y tratará de encerrarse, pero el señor Fernández derribará la puerta de una patada. Durante todo el tiempo la cámara se queda inmóvil enfocando a la puerta en un plano general. De todos los sitios donde se puede colocar una cámara, mi operador sin duda eligió el mejor. Al principio él y yo no nos entendíamos, pero después de una semana de trabajo juntos, bastaban unas breves indicaciones por mi parte para que él supiera perfectamente lo que andaba buscando. Fíjese en la profundidad. Sencillamente magnífico. Se ve perfectamente el gesto aterrado de la chica cuando la puerta queda abierta. El señor Fernández entra de espaldas a la cámara y empuja la puerta tras de sí. Entonces la puerta se bambolea y se queda a medio abrir, dejando entrever sólo parte de la habitación. Aún podemos ver una parte del cuerpo de Melanie, y al señor Fernández avanzando un poco más hacia ella. Fin de la escena. Habría que añadirle música a esta parte de la película, ¿no le parece? Quizás le parezca una distracción para el espectador, pero en mi opinión intensificaría la acción... Claro que, en ese sentido, estoy de acuerdo con usted: la música, al igual que sucede con un buen montaje, no debe notarse.

Desde el mostrador de la estación de servicio, la mujer vio llegar un coche. Antes de que el conductor y su acompañante se apearan del vehículo, la mujer salió y preguntó:

—¿Le lleno el depósito?

El conductor salió del coche, negando con la cabeza. Su acompañante permaneció sentado, y la mujer le observó sacar una cartera del bolsillo interior de la chaqueta. La mujer miró a ambos con recelo.

—¿Ha visto recientemente a alguna de estas personas? —preguntó el hombre desde su asiento, sacando la mano por la ventanilla y mostrándole a la mujer un par de fotografías.

La mujer miró alternativamente al hombre y a las fotografías, con un gesto de desconfianza que apenas trataba de disimular.

—¿Es usted de la policía o algo así?

El hombre no se molestó en contestar, limitándose a hacer un leve movimiento que la mujer interpretó como una señal de asentimiento.

—Espere un momento —dijo la mujer sin dejar de mirarle—. Voy a buscar a mi marido. Creo que él les podrá ser de más ayuda que yo.

La mujer entró en el local, atravesó el mostrador y se metió en la trastienda. Un instante después apareció acompañada de su marido, un hombre enjuto con unas gafas apoyadas en la punta de la nariz. Ahora los dos hombres esperaban en la puerta de la estación de servicio. El hombre le enseñó de nuevo las fotografías.

—Su esposa piensa que tal vez usted podría ayudarme. Busco a estas personas.

El hombre se subió las gafas y observó atentamente los retratos.

—A este hombre no lo he visto en mi vida —dijo, tras haber estudiado detenidamente la primera foto—. Aunque no le sabría decir con seguridad. Cada día pasa mucha gente por aquí para repostar, y la mayoría son hombres. Y una cara tan

corriente... Yo al menos no la reconozco. En cuanto a la chica... Sí. Juraría que es ella. Casi sin la menor duda.

—Entonces, ¿la ha visto?

—No. Siento decirle que no la he visto.

La respuesta sorprendió al hombre que portaba las fotografías, que lo miró de forma recriminadora.

—Disculpe, pero no le entiendo. Acaba de admitir que ha reconocido a la mujer de la foto.

—Reconocerla, sí. Pero, verla, no la he visto. Perdón, veo que no me he explicado con claridad... Pero si me permite que le haga la pregunta, antes de seguir hablando, ¿son ustedes de la policía?

El hombre sacó de la cartera un carnet y se lo mostró al dueño de la tienda. Éste pareció mostrarse satisfecho.

—Está bien, inspector Gamboa. Dispense mi desconfianza. Compréndonos, ésta es una pequeña gasolinera de una carretera secundaria y no estamos acostumbrados a este tipo de situaciones. Pero es que, además, hoy es la segunda vez que me preguntan por esa muchacha. Esta misma mañana vino un tipo de aspecto bastante desagradable y me mostró una fotografía parecida a esa. Pero resulta evidente que ambas son de la misma persona. Por un momento pensé que aquel hombre debía de tratarse de un marido celoso que estaba buscando a su mujer. Naturalmente, le dije que no la había visto, y era cierto. Pero, puede creerme, le habría dicho lo mismo si ella hubiera parado un momento antes en mi gasolinera. Después de todo, uno nunca se puede fiar. Todos los días se están oyendo casos de maridos que asesinan a sus mujeres. Y aquel tipo lo llevaba escrito en la cara. Me refiero a toda esa violencia. No es que yo suela juzgar a las personas por su apariencia, pero aquel hombre no parecía muy cuerdo.

—Lo que me está contando me está sirviendo de mucha

ayuda —le animó Gamboa—. Pero necesito más datos. ¿Podría facilitarme una descripción de ese hombre?

—Cómo no. Era alto. Alto y delgado. Tenía el pelo rubio y una cara afilada, muy angulosa. Era blanco como la leche. Y barbilampiño.

—Llevaba un traje de color castaño oscuro —añadió la mujer—. Me llamó la atención porque los hombres no suelen llevar trajes de ese color.

—¿Qué coche llevaba?

—Iba en un coche oscuro, negro, creo, de aspecto deportivo —respondió el hombre sin demasiada seguridad—. Pero no me pregunte por la marca. Nunca me interesaron los coches. Resulta irónico, ¿verdad? —comentó con una risa entrecortada.

—¿Qué dirección tomó al salir de aquí? —preguntó el inspector Gamboa sin alterar su expresión de seriedad.

El hombre de la tienda dudó un momento.

—Creo que salí en dirección a la ciudad. No estoy seguro. Lo que sí estoy sé es que venía de la carretera de la montaña.

—¿Cómo está tan seguro de eso? Desde aquí no se puede divisar la carretera de la montaña.

—Sí, lo sé. Pero llevaba los bajos del coche llenos de barro. Anoche llovió, y la carretera de la montaña no está asfaltada. El barro estaba aún fresco.

Gamboa asintió.

—Ha equivocado su profesión —le dijo—. Podría haber sido un buen detective.

—¿Usted cree? —preguntó el hombre con su risita nerviosa.

El inspector se dio la vuelta sin contestar y, sin mediar más palabras, se dirigió al coche, donde esperó de pie. El sargento Hornos agradeció cortésmente la colaboración prestada por el matrimonio, y les dejó una tarjeta con un número de teléfono

donde podrían contactar con ellos si recordaban algún detalle nuevo que pudiera estar relacionado con cualquiera de las dos personas de las fotografías, o con aquel hombre rubio del que le habían hablado. Sin más dilación, salió con paso ligero hacia el coche y le abrió la puerta al inspector. Desde la estación de servicio, el matrimonio observó cómo el coche arrancaba con un estruendo y tomaba el cruce de la derecha. Se dirigía a la carretera de la montaña.

—Detesto esta película. No comprendo a dónde lleva la historia. Hasta ahora sólo hemos rodado una serie de secuencias fortuitas, tangenciales y dispares. Ya sé lo que me vas a achacar: que soy un actor de teatro, que estoy acostumbrado a trabajar en el orden cronológico que marca la pieza de teatro, y que en el cine no existe un orden de rodaje lineal. Todo eso ya lo sabía antes de empezar a trabajar aquí. Pero es que ni siquiera sé cuál va a ser el desenlace de la película.

—Creo que ni el director lo sabe. El otro día me comentó la posibilidad de rodar dos o tres posibles finales, antes de comenzar a montar todo el material en la moviola.

—¿Eso te dijo? Sin embargo, cuando habló conmigo me aseguró que sabía muy bien cómo iba a terminar la película. Me dijo que tenía la última escena en su cabeza, que le bastaba con cerrar los ojos para imaginarla con todo lujo de detalles.

—¿Sí? Bueno, tal vez ese día se acordara de una de esas películas que ha visto. Siempre está hablando de ellas. No he

conocido a una persona que se le parezca. Es casi imposible mantener una conversación con él. Toma la palabra y no hay manera de interrumpirle. Cuando uno espera que va a parar para tomar aire, sigue hablando, disparando palabras como una ametralladora.

—¡Ja, ja! ¿A ti también te martiriza con sus dichosas películas del oeste? Menos mal, pensaba que mi personaje era el único que daba juego para compararlo con John Wayne. Nunca me gustaron demasiado las actuaciones de ese actor, pero después de esta película creo que voy a aborrecer su imagen.

—¿John Wayne? No, el director nunca me ha puesto a John Wayne como ejemplo de nada. De todas formas..., bueno, no es que yo quiera defenderlo. Posiblemente nunca fue lo que se dice un excelente actor, pero sí que fue una estrella. Es verdad que no se movía bien, que sus gestos eran excesivamente repetidos, que su sonrisa era casi siempre la misma, que se inclinaba hacia delante mientras colocaba las manos en las caderas y dejaba la boca entreabierta con una sonrisa burlona, y que todo eso lo hacía igual ya estuviera interpretando al *sheriff* de un poblado perdido de Texas, a un ex-boxeador irlandés que vuelve a su tierra, o a un general del ejército en la Segunda Guerra Mundial. Pero te voy a decir algo: en el género del *western*, posiblemente no haya habido otro actor capaz de encarnar mejor el personaje de un vaquero. Gente como Gary Cooper, James Stewart o Henry Fonda fueron en todos los casos excelentes actores. Pero para interpretar papeles del lejano oeste resultaban demasiado perfectos. O demasiado guapos, o demasiado buenos, o demasiado serios, ¿me sigues? Sin embargo Wayne... bueno no fue un actor maravilloso, pero indudablemente ha sido y sigue siendo esencial en la historia del cine. Incluso hoy, cuando las películas del oeste ya no están de moda, su figura se resiste a desaparecer. Como cuentan de su fantasma...

—¿Su fantasma? ¿Qué historia es esa? No me lo digas: te lo ha contado el director.

—No, no, te equivocas. La leí en un artículo, hace ya tiempo. Bueno, fue uno de esos rumores que circularon al poco de morir él, en el año 1979.

—Veo que estás bien informado. Recuerdas incluso el año de su muerte. ¿Y pretendes que no crea que el director te ha hablado de él? Da la sensación de que has hecho los deberes, que te has estudiado su biografía antes de ensayar conmigo esta escena.

—Vamos, no te rías, aunque no lo creas, recuerdo incluso la fecha exacta de su muerte, porque fue el día de mi cumpleaños: un 21 de julio.

—Dios mío, estabas predestinado.

—Esta bien, dejémoslo.

—No, no. Discúlpame. No quería enfadarte. Además, ahora no podría vivir sin conocer la historia de su fantasma.

—No es más que una patraña...

—Te aseguro que no tendré pesadillas. Puedes contármela con toda confianza.

—Eres un cínico. En realidad no hay mucho que contar. Al poco de morir alguien de su casa, creo que fue uno de sus hijos, comenzó a ver su espectro vagando por distintos lugares...

—¿De la casa? ¿Me vas a decir que se paseaba por el dormitorio y por el salón de su propia casa, como hacía el padre de Hamlet por su castillo?

—No, no, eso es lo extraño. Siempre que alguien lo veía estaba fuera de la casa, como si algo le impidiera entrar, o como si temiera hacerlo.

—O como si no perteneciera a esa familia, como un desterrado, o un maldito.

—¡Caramba! ¿Cómo se te ha ocurrido eso?

—Muy fácil. El director me obligó a ver una película de

John Wayne hace muy poco: “Centauros del desierto”. Lo que me has contado me ha recordado a la última escena. Pero no te voy a aburrir ahora con su descripción. Aunque supongo que a ti te encantaría.

—¡Pero si la recuerdo!: John Wayne sale por la puerta de la casa de su hermana, solo, y se aleja.

—Eso es. Y se sujeta el brazo izquierdo con la mano derecha. El director me explicó que Wayne tuvo la idea de hacer ese gesto, como homenaje al que era un ademán característico de un viejo actor llamado Harry Carey, con quien John Ford rodó alguna de sus primeras películas.

—No se me había ocurrido la similitud. En fin, en cualquier caso, como ya te dije, la historia del fantasma es una simple patraña. Quizá el que se la inventó también pensó en esa película.

—O quizá la inventó el propio Wayne, antes de morir, para que su leyenda continuase.

—Quién sabe. Pero será mejor que sigamos con el ensayo. ¿Empezamos desde el principio?

—De acuerdo, desde el principio.

Entró en la casa como se entra en cualquier casa desconocida: con la extrañeza por el olor de un lugar que no es el que uno habita, con la impresión de que los muebles o los cuadros que uno ve no terminan de encajar con el mobiliario o la decoración que uno mismo hubiese escogido de vivir allí. En el caso del inspector, además, esa sensación se acrecentaba al considerar que había paseado muchas veces por el exterior

de aquella casa, que se había detenido largamente frente a sus ventanas y, sin embargo, nunca había entrado hasta entonces, ni siquiera había atisbado el interior. Qué raro le pareció entonces estar pisando aquel suelo, detenerse en las fotografías en las que ella aparecía, mirar de soslayo los cuadros modernos que a él nunca le gustaron y que adornaban la casa, oír voces por completo ajenas a aquella vivienda, distintas a las que él hubiera deseado escuchar. Caminó por el pasillo como un sonámbulo, atravesando el salón y luego nuevamente otro pasillo, al final del cual le estaba esperando el sargento Hornos. Oyó su voz como desde lo profundo de un sueño, y entonces recordó. Eran más de las tres cuando una llamada telefónica despertó de su sueño al inspector Gamboa. Malhumorado, se levantó de la cama y descolgó el teléfono lanzando un exabrupto. Enseguida reconoció la voz del sargento Hornos, disculpándose por haberlo llamado tan tarde. El sargento estaba de guardia aquella noche. Hacía poco más de una hora una mujer con voz asustada había llamado a la comisaría para denunciar que se había despertado con el sonido de unos disparos procedentes del piso colindante. Con la diligencia que lo caracterizaba, y tras haber tomado el nombre y la dirección de la mujer denunciante, él y otro compañero fueron hasta allí a realizar una inspección y se encontraron con que la puerta del piso indicado había sido forzada. En el interior encontraron el cadáver de una mujer acibillada a balazos en la cama del dormitorio. Por lo demás, la casa parecía en orden, no había indicios de robo, todo apuntaba a un asesinato premeditado. Al otro lado del teléfono, el inspector había permitido pacientemente que Hornos terminara de relatar su informe; después dijo irritado:

—De acuerdo, Hornos, pero, ¿no cree que podría haber esperado hasta mañana por la mañana para informarme de los hechos?

Hornos tragó saliva antes de decir:

—La mujer que encontramos muerta es Julia Mir. Pensé que debía avisarle.

Gamboa sintió una opresión en el pecho, como si de golpe se le hubiera cortado la respiración. Al otro lado, Hornos esperaba en silencio. Al cabo de unos segundos, como no obtenía ninguna contestación, comenzó a decirle la dirección, y Gamboa sintió como si le estuvieran hundiendo astillas en el pecho.

—Ahórrese las molestias, Hornos. Sé perfectamente dónde vive Julia —dijo usando todavía el presente—. Dejen todo tal y como está, no quiero que toquen nada hasta que yo llegue. Estaré allí en media hora.

Y allí estaba ahora. Encontró al sargento Hornos en la puerta del dormitorio, de espaldas al pasillo. Al oír la voz del inspector, Hornos se volvió y lo saludó lacónicamente. Antes de que Gamboa traspasara aquel umbral, el sargento trató de hacerle un comentario, pero él no quiso escuchar. Apartó al sargento de delante de la puerta y entró en el dormitorio. Si se mostró tan brusco no fue por desdén hacia el sargento, pues lo apreciaba. Era más bien que se sentía en la obligación de actuar como lo hubiera hecho en cualquier otro caso de asesinato. No debía dar muestras de aflicción, no debía aparentar debilidad. Había visto muchos cadáveres antes, y él era un profesional. Habían cubierto el lecho con una sábana que él retiró. Entonces la vio. A sus espaldas, oyó la voz de Hornos que le decía: “No me ha dejado advertirle, señor, pero ya es demasiado tarde. No quise decirle por teléfono que había otro cadáver, que encontramos junto al cuerpo de la señora Mir a un hombre que todavía no hemos identificado. Sabemos que no es su marido, pero de eso supongo que usted ya se habrá dado cuenta. Como puede ver, él parece más joven. Con su permiso, señor, he pensado que quizás se tratara de un gigoló, en cualquier caso esperamos

identificarlo pronto por sus huellas”. Gamboa apenas se fijó en el cuerpo desnudo del hombre y dedicó casi toda su atención al cadáver de Julia. El rostro pálido de Julia reflejaba una serenidad inusual, como de quien ha hecho las paces con el mundo. Parecía que dormía serenamente, y por un instante pensó que realmente podía ser así, que de un momento a otro Julia iba a abrir los ojos y él estaría allí para decirle que estaba a salvo. Pero entonces vio la sangre coagulada en el pelo, y a continuación distinguió dos de las perforaciones que la habían alcanzado en el cuello y en la nuca, mientras que el hombre que yacía a su lado tenía un único disparo en la frente. Calculó que el asesino habría disparado a una distancia de un metro, tal vez menos, y se sorprendió pensando fríamente en toda clase de conjeturas sobre la forma en que habría entrado el asesino en la casa, haciendo el mismo recorrido que él había hecho hasta el dormitorio, con la seguridad de quien conoce la casa o de quien ya ha hecho esa clase de trabajo más veces. Lo más probable era que hubieran disparado primero sobre la mujer. El hombre se habría despertado, tal vez incluso le hubiera dado tiempo a sentarse. Entonces dispararon sobre él, entre ceja y ceja. Un trabajo limpio, profesional.

—¿Cree que pudo ser su marido? —preguntó Hornos—
Un crimen pasional.

Gamboa fingió no oír la pregunta, y seguía mirando abstraído el cuerpo desnudo que él había podido admirar tantas veces en el pasado. Sobre la cómoda había un camisón. Lo cogió y lo acarició levemente. El sargento desvió la mirada, como si sintiese rubor. Gamboa dejó caer el camisón y comenzó a recordar la visita de Julia una semana antes, la denuncia por la desaparición de su marido, y ahora su recuerdo y la presencia de aquel otro hombre a su lado y la de otros policías viendo aquel cuerpo inerte que en otro tiempo le había pertenecido le desgarró el alma y Hornos comprendió por la mueca que entonces se dibujó en su

rostro que era preferible retirarse y esperar a que se apaciguara la tormenta. Dio dos pasos hacia atrás para comenzar su retirada y entonces oyó la voz del inspector que decía:

—No se vaya, Hornos. Quiero encargarme de ese caso personalmente y voy a necesitar su ayuda.

—Inspector...

—Empezaremos por el individuo que estaba con ella — continuó con frialdad—. Cuando averigüe su identidad, llámeme sin dilación. Voy a encontrar al que hizo esto, Hornos...

—Inspector...

—...aunque me lleve el resto de mi vida.

¿De veras cree que usted no es el verdadero protagonista de esta historia? Lamento que se sienta engañado, pero, y créame, no se lo digo sólo para complacerle, mi opinión es que usted interpreta, si no el papel con más metraje, sí el más importante, al menos desde mi punto de vista. Le voy a contar una anécdota..., no, esta vez no le voy a hablar de “Centauros del desierto”, pero si me lo permite sí voy a referirme de nuevo a John Wayne. Estoy seguro de que conocerá una de las últimas películas que dirigió John Ford: se llamaba “El hombre que mató a Liberty Valance”. En esa película, como usted recordará, James Stewart es un abogado que viene del este y que se enfrenta con un salvaje y expeditivo Lee Marvin, que representa justamente todo lo contrario a los ideales de justicia y progreso que el joven Stewart ha traído del este como las semillas de una nueva civilización. El enfrentamiento entre ambos es, pues, inevitable. Sin embargo,

es John Wayne el personaje que actúa como catalizador en esta historia, y es él en quien recae todo el peso de la tragedia que se desencadena. En mi opinión, él está memorable, pero, y esto es lo que le iba a contar, sepa que al propio John Wayne nunca le gustó demasiado el papel que su amigo John Ford le había asignado en esa película. Tal vez porque asociara aquel papel con el de un perdedor, o porque no se viera como el protagonista absoluto de la película. Cuentan que le reprochó esto último a John Ford, que le mostró su enfado por el personaje, por el poco tiempo que aparecía en la pantalla, o por lo que él consideraba un escaso interés por su imagen. A fin de cuentas él era una estrella, y no estaba formulando ningún reproche que no hubiera hecho antes cualquier otro astro de la gran pantalla. John Ford lo conocía bien, así que lo dejó hablar hasta el final y después le contestó algo así: “Escúchame bien. Vas a acabar esta película como yo diga, y si piensas que voy a cambiar una sola coma del guión, es que todavía no me conoces bastante. Puede que pienses que tu papel no es suficientemente importante. Bien, allá tú. Yo no voy a tratar de convencerte de lo contrario. Pero lo cierto es que ese papel está pensado para ti, y ningún otro actor podría interpretarlo mejor que tú. Y escúchame algo más. Dices que tu aparición es demasiado breve. Puede que así sea. Pero cuando el público vea la película, cuando pase el tiempo y piensen en esta película, te recordarán a ti”. Eso es lo que quería contarle. El viejo Ford no se equivocaba. Haga un esfuerzo por creerme cuando le digo que yo tampoco me equivoco con usted.

Desde el principio presagió que algo no marchaba bien. Cuando Borja entró en la casa de campo, encontró señales de lucha: sillas volcadas, cuadros torcidos, jarrones cuarteados, un escenario que convertía en realidad el presentimiento que Borja había tenido un minuto antes de entrar. Al principio se quedó petrificado, sin poder creer lo que estaba viendo. Su primer impulso fue el de huir, abandonar la casa cuanto antes, asustado ante la posibilidad de un peligro inminente. Sin embargo, logró superar su cobardía al considerar que, a la altura del juego en que se encontraba, no podía volverse atrás y echar todo a perder. Comenzó a recorrer las estancias de la casa y lo hizo despacio, como si quisiera encontrar algún indicio revelador de lo que había sucedido allí. Con un nerviosismo creciente, fue abriendo y cerrando puertas, cada vez más agitado, llamando ahora a gritos a Melanie, sin obtener respuesta. Recorrió la casa de arriba abajo tres veces, hasta que se convenció de la inutilidad de su persistencia. Abrumado, se dejó caer en el sofá. No sabía qué hacer. Se levantó de nuevo y marcó en su móvil el número que el señor Fernández le había dado para llamarlo en un caso de emergencia. Pero el teléfono estaba desconectado y no se atrevió a dejarle un mensaje en el buzón. Pensó absurdamente que si ponía la casa en orden lograría tranquilizarse, y comenzó a arreglar aquel desbarajuste. Pensaba que aquel desastre tenía que ser obra del señor Fernández, pues nadie más conocía la existencia de la casa. Pero, pensó a continuación, de no haber sido él, ello significaría que toda la trama había sido descubierta y, en ese caso, se podía considerar un hombre muerto. Conocía lo suficiente al señor Azpeitia para saber que no se arredraba a la hora de emplear determinados procedimientos para solventar cierto tipo de situaciones. Ante todo, se dijo, debía encontrar a

Melanie, encontrarla y continuar adelante con el secuestro, cobrar el rescate y escapar, por fin. Si lograba encontrarla, el siguiente paso sería librarse del señor Fernández. Si, como él creía, el señor Fernández había sido el causante de aquel enredo, pagaría por ello. Pero, ¿y si él tuviera a Melanie en otro lugar? ¿Y si se la hubiera llevado para cobrar todo el rescate? En ese caso tenía que jugárselo todo a una carta, pensó, tenía que hacer creer al señor Azpeitia no sólo que había hablado con el secuestrador, sino que lo había visto, que le había pedido que fuese él quien hiciera de intermediario para realizar la entrega del rescate. Eso le daría tiempo de tomar el dinero y volar en el primer avión que saliera del país. Ellos podrían pensar que el secuestrador se había quedado el dinero después de liquidarlo. Y aunque sospechasen la verdad, ¿qué? No iban a recorrer medio mundo para buscarle, o eso creía él al menos. Trataría de conducir la pista del asesino a sueldo tras los pasos del señor Fernández. Ese tipo de personas suelen atrapar siempre a sus presas, son perseguidores implacables. Y con algo de suerte, podían acabar los dos muertos. Si era así, tanto mejor. Los dos estarían muertos mientras él se encontraría en una playa paradisíaca, en el Caribe o en la Polinesia. ¿Y Melanie? Por primera vez pensó en la posibilidad de que estuviera muerta. De ser así, las cosas le resultarían más sencillas, al menos mientras su cadáver no fuera descubierto, razonó sin que la idea le pareciera atroz. En caso de seguir con vida, ella no tendría ningún problema, pensó. Volvería a su casa, a su jaula de oro, bajo la tutela de su padre, que la tendría más vigilada que nunca.

El timbre de un teléfono sonó entonces. Era su móvil. En la pantalla leyó el número del señor Azpeitia. Dudó un instante antes de aceptar la llamada.

—Diga.

—¿Borja? —oyó que decía la voz del señor Azpeitia.

—Sí —contestó.

—No te había reconocido. Ven enseguida. Hay novedades. Quiero hablar contigo de lo de mi hija.

—Comprendido, no tardaré en llegar —dijo chasqueando la lengua, y colgó en el acto, sintiendo que el pánico hacía presa de él.

Por primera vez desde que se había lanzado a aquella aventura, no sabía qué hacer.

El señor Azpeitia recibió a Borja en su despacho. En aquella ocasión el hombre rubio no estaba sentado en el sillón del fondo. Estaban los dos solos, cara a cara. Borja había decidido jugárselo todo a una carta. Tenía que conseguir que el señor Azpeitia le diera el dinero del rescate antes de que el señor Fernández pudiera descubrir su juego, si es que no lo había hecho ya. Para su sorpresa, el señor Azpeitia se le adelantó a sus intenciones.

—Estoy desesperado, Borja. Mi detective no ha encontrado todavía una pista segura. Me ha hablado de la posibilidad de tenderle una trampa a los secuestradores en el momento de hacer el canje. Yo no estoy para esas bromas, Borja. Melanie es mi hija, no una mercancía con la que jugar. Estoy decidido a pagar.

Borja tragó saliva. El señor Azpeitia extrajo un cigarrillo de su pitillera y le ofreció a su abogado.

—He vuelto a hablar con uno de los secuestradores —dijo Borja rechazando un cigarrillo del señor Azpeitia—. Me ha dicho que las condiciones del rescate han cambiado.

—¿Cambiar? —inquirió el señor Azpeitia con una mueca de preocupación—. ¿En qué sentido?

—En la forma de pago. Primero deberá depositar una cantidad a modo de fianza. Si todo va bien y no se produce ninguna sorpresa, tendrá que depositar una segunda cantidad. Después de eso soltarán a Melanie.

—¿Y cómo se ha de pagar? ¿Dos millones y medio en cada pago?

—También eso ha cambiado —arriesgó Borja—. Ahora han doblado la cantidad. Quieren diez millones...

—¡Pero yo no puedo conseguir tanto dinero!

—...Y quieren que mañana se realice la primera transacción, es decir, cinco millones, a una cuenta cuyo número aún no me han proporcionado.

—¿Y qué garantías me ofrecen? ¿Cómo puedo yo saber que ella está bien?

—Me han dicho que cuando reciban el ingreso, llamen por teléfono y usted podrá hablar con ella. No sé nada más.

El señor Azpeitia golpeó la mesa con un puño.

—Voy a pagarles ese maldito dinero —dijo con determinación—. Pero esto no va a quedar así. Los voy a coger, Borja, más tarde o más temprano los atraparé y les meteré una bala en el corazón. Van a pagar por lo que le están haciendo a Melanie, lo juro.

—Hemos llegado, inspector—le dijo Hornos, que había detenido el coche.

—Menuda mansión—murmuró entonces el inspector, asomándose por la ventanilla—. ¿Cómo dijo que se llamaba el tipo? ¿Azpilcueta?

—Azpeitia—corrigió Hornos, sin titubear.

—Gracias, Hornos. Le agradezco que me haya traído aquí. Aunque no lo crea, yo nunca aprendí a conducir—dijo abriendo la puerta.

—Para eso siempre hay ocasión, basta con que se lo proponga—afirmó Hornos, pero el inspector ya se había bajado del coche y fingió no haber oído el comentario.

Gamboa se detuvo ante la verja, que estaba cerrada. El sargento Hornos le seguía unos pasos por detrás. Al otro lado divisaron dos hombres vestidos con americana y gafas de sol. Uno sujetaba un perro. El otro iba con un *walkie-talkie*.

—Deben de ser los guardaespaldas—comentó el sargento en tono confidencial.

—Desde luego—afirmó Gamboa, volviéndose para hablar con el sargento—. Fíjese en ellos, menuda indumentaria, parecen salidos de una película. ¿Se ha preguntado alguna vez por qué todos estos tipos llevan gafas de sol?

—Son para el sol, inspector—respondió el sargento absurdamente. El inspector sonrió y se volvió de nuevo hacia la casa. Los dos hombres habían llegado a la altura de la verja.

—Soy el inspector Gamboa—dijo enseñando su identificación—. Hemos quedado con el señor Azpilcueta.

—Azpeitia—corrigió Hornos, desde atrás.

Los dos hombres permanecieron inexpresivos. Se movían como si fueran figuras de cartón piedra impulsadas por ruedas. Abrieron la verja y sin mediar palabra hicieron una seña para que los siguieran. El que llevaba el *walkie-talkie* hablaba cada poco

a través del aparato, empleando un lenguaje incomprensible. El inspector y el sargento se cruzaron una mirada.

—Deben de ser rusos —comentó el inspector.

—Búlgaros —rectificó Hornos.

—¿Y usted cómo lo sabe? No me irá a decir que conoce el búlgaro.

—No, desde luego que no. Pero la mayoría de los hombres que contrata Azpeitia vienen de allí. Los búlgaros tienen fama de ser muy buenos en cierto tipo de trabajos, inspector. Gente disciplinada.

—Vaya, por lo visto hoy no doy una —rezongó el inspector.

—No tiene importancia —le consoló el sargento—. ¿Cree que Azpeitia nos facilitará el paradero del señor Amezcua?

—No tengo ni idea. De momento tan sólo sabemos que el marido de Julia, ese tal... Joder, Dios los cría y ellos se juntan. Amezcua, Azpe..., como se llame. Con lo sencillo que sería llamarlos por sus nombres de pila. El caso es que el marido de Julia trabajaba, o mejor dicho, sigue trabajando para...

—Azpeitia —le ayudó Hornos.

—Gracias. Poco podemos deducir de la breve conversación que hemos mantenido hace unas horas con Azpeitia. Ahora tal vez pueda sugerirnos dónde buscarlo, o tal vez conozca a alguien que pueda ayudarnos.

—Y toda aquella historia...

—¿Se refiere a lo de su hija? ¿Qué clase de nombre hortera era el que tenía esa infeliz?

—Melanie.

—Pobre. No creo que al señor Azpeitia le apetezca hablar de su hija con nosotros. Supongo que tardará en reponerse de lo sucedido. Al principio, le extrañó que fuésemos nosotros los que le telefoneáramos a él. Pensaba que había sido el abogado,

o sea, el marido de Julia, quien había contactado con nosotros para lo de su hija.

—Pero nosotros no hubiéramos sabido nada de lo de su hija a no ser por... Bueno, ni siquiera denunció los hechos.

—No lo haría ni aunque volvieran a secuestrarla, puede estar seguro. Ese Azpeitia es de los que prefieren resolver los problemas a su manera. Nos detesta. Nosotros nunca podremos ganarnos su confianza, ni siquiera ahora, que le hemos devuelto a Melanie sana y salva. ¿Cómo iba a confiar un mafioso en la policía? O tal vez se trate de algo mucho más sencillo, quizás tuviera miedo de lo que pudieran hacerle los secuestradores a su hija por lo que quiso evitar nuestra intervención.

—¿Cree que quiso evitar la publicidad? No creo que pudiera haberlo evitado. Una noticia como esta no pasa desapercibida para la prensa. Y por más que quieran silenciarlo, un hecho así termina divulgándose.

—Pero puede quedarse en un simple rumor, y entonces sería como mucho una noticia para los programas del corazón, a los que nadie da crédito. ¿De veras cree que ese magnate permitiría que su hija saliera en las portadas de los periódicos? Antes de eso saldría ante las cámaras desmintiendo cuanto haga falta. Recuerde que ella es mayor de edad, sargento, lo que quiere decir que ya puede ir sola a donde le plazca o al menos a donde le permita su tarjeta de crédito. Según quién sea el que cuente la historia, podrá creerse o podrá convertirse todo en una vulgar trola. Seguro que no faltará quien diga que la chica se había escapado con su novio, y que quería hacerle creer a su padre que la tenían secuestrada.

—¿De veras puede alguien creerse eso? Parece el argumento de una película.

—Sí, una película de serie B, lo sé, pero ¿qué quiere que le diga? Suena muy manido, pero a veces la realidad supera a

la ficción.

Se detuvieron ante la puerta de entrada. Los dos hombres le hicieron entrar en un salón.

—Ustedes esperen aquí —les dijo el del *walkie-talkie* con una pronunciación rasposa.

—Está claro que este tipo tiene gusto —comentó el sargento echando un vistazo a su alrededor—. Si esta es la sala de espera, el resto de la casa tiene que ser lo más parecido a un museo.

—Me alegro que le guste mi humilde morada —dijo una voz a sus espaldas, cínicamente.

Los dos policías se volvieron al mismo tiempo, sobresaltados. No habían oído entrar a Azpeitia. El inspector lo miró con curiosidad. No era la primera vez que se entrevistaba con un tipo de su clase, pero nunca lo había hecho en su propio terreno, y eso le hacía sentirse ligeramente incómodo.

—Por favor, pónganse cómodos. No sé a ustedes, pero a mí no me gusta hablar de pie... Bien, antes de comenzar he de rogarles que sean breves. Háganse cargo, esta misma mañana tengo que asistir a una importante reunión de negocios y no dispongo de demasiado tiempo.

—Procuraremos ser breves y concisos—atajó el inspector—. Estamos buscando a Borja Amezcua.

—Me temo que en eso no podré ayudarles. Hace más de tres días que yo también trato de localizarlo. Cuando mi hija me confesó que el muy canalla lo había organizado todo... Y pensar que yo siempre lo había tratado como a un amigo. Pero, obviamente, ahora no contesta al teléfono. Parece haberse esfumado.

Tres días desaparecido, pensó Gamboa. De pronto se acordó que Julia había denunciado su desaparición hacía menos de una semana. Por otra parte, Julia había sido asesinada hacía

poco más de veinticuatro horas. No le cuadraba. ¿Dónde había estado los otros cuatro días?

—¿Quiere decir que la última vez que lo vio fue hace tres días?

—Lo llamé a su móvil para que viniera a verme. Tardó unas horas en llegar a mi casa. Fue la última vez que hablamos.

—¿De qué hablaron?

—Del rescate. Quedamos en que le entregaría el dinero al día siguiente.

—Llevaba razón, Hornos —susurró el inspector, dirigiéndose al sargento—. Esto se parece cada vez más a una película barata —y volviéndose de nuevo hacia Azpeitia le preguntó si existía alguna relación entre Borja y su hija.

—Si es una broma, no tiene gracia. No estoy de humor para hablar de mi hija, así que mejor dejemos ese asunto.

—Como quiera. ¿Qué me puede decir del otro hombre?

—¿El que han encontrado muerto? Nada. Salvo que se lo merecía.

—¿Sabía que la mujer que encontraron a su lado era la esposa de Borja?

—¿Sí? No lo sabía. He oído que el tipo aquel se la tiraba. Por la información que me ha llegado por diversas fuentes, creo que él y la mujer se habían puesto de acuerdo para lo de Melanie, pero desconozco en qué consistía exactamente la colaboración de la mujer.

Gamboa contuvo la respiración al oír esa declaración. Hornos continuó el interrogatorio por él.

—¿Qué pasó la mañana siguiente? Me refiero a la mañana en que usted debía hacerle entrega del rescate a Borja.

—Nunca llegué a entregarle el dinero.

—¿Por qué?

—Porque cuando la operación estaba preparada

descubrimos que Borja era uno de ellos. Recibí una llamada de su cómplice. Pude reconocer su voz enseguida. Me advirtió que no debía negociar con mi abogado. Me aseguró que trataría de engañarme, que Borja sólo buscaba el dinero, pero que no tenía a la chica ni la tendría nunca. Me dijo que Melanie estaba entonces bajo su poder, me contó que la habían tenido encerrada un tiempo en una casa de campo perteneciente a Borja, pero que Borja también había tratado de engañarle a él, y que por eso había decidido trabajar solo. También aseguró que había dejado en la casa de campo pruebas de que Melanie había estado allí. Fuimos allí y lo comprobamos. Todo parecía ser cierto. Todo cuadraba. Borja se había estado riendo de nosotros todo el tiempo.

—¿Y qué pasó con Borja?

—Ojalá lo supiera. Volví a llamarlo por teléfono con la excusa de que había surgido una cuestión urgente relativa a Melanie. Le pedí que se presentara en casa de inmediato. No apareció. Desde entonces no he vuelto a saber nada de él.

—Fueron a buscarlo a su casa, ¿no es cierto? Fueron allí y.. —dijo el inspector mirando fijamente a Azpeitia, con resentimiento. No era necesario que continuara la frase. Todos habían comprendido lo que seguía. El sargento se revolvió en su asiento, con mal disimulado nerviosismo.

El señor Azpeitia le devolvió una mirada cargada de frialdad. No se molestó en buscar una réplica. Se limitó a decir:

—Creo que voy a tener que dejarles por hoy, inspector. Como le dije al principio de esta entrevista, soy una persona muy ocupada. No obstante, quedo a su disposición si en otro momento precisan de mi ayuda... —dijo levantándose, con una sonrisa forzada—. Y ahora si me disculpan...

Repasemos una vez más la siguiente escena. Por favor, reserven cualquier duda o pregunta para el final, ¿de acuerdo?... ¡Chico! ¡Apaga esos focos! No nos harán falta de momento... ¿Por dónde iba? Ah, sí, comenzaré con usted. En la primera parte de esta secuencia usted estará sentado en su despacho. El equipo de decoración lo ha montado en el plató número seis, ya lo verá. Sí, ha quedado estupendo... Como iba diciendo, usted estará allí sentado, ya sé que aún no ha visto el decorado, pero eso ahora no importa. Hornos entrará para darle la noticia. Cuando le dice que la persona que yacía muerta junto a Julia tenía antecedentes penales, su reacción debe de ser más que de sorpresa, de ira. En el fondo de su alma siente odio hacia ese hombre que no conoce, siente odio por Borja y, aunque lo desea, no puede odiar a Julia, y esto le desespera. Hornos le muestra el expediente y entonces usted examina la fotografía tomada al hombre muerto. La cámara enseñará un primer plano de un rostro que el espectador no tardará en reconocer: se trata del señor Fernández. Aunque no lo expresa con palabras, usted debe transmitir el desasosiego propio de quien se pregunta qué hacía la persona a quien usted amaba con un delincuente y, por supuesto, no logra encontrar una respuesta satisfactoria. Le pide a Hornos que registren cualquier propiedad del señor Fernández, que busquen cualquier indicio que les pueda llevar a Borja, o a quienquiera que fuese el asesino. Entonces cambiamos de decorado y aquí viene la segunda sorpresa de esta escena: ustedes, es decir, la policía, descubren en una de sus casas a una chica que, más tarde lo sabrán, responde al nombre de Melanie. Lleva encerrada varios días, y presenta síntomas de deshidratación. Está esposada a una cama y tiene señales en su cuerpo que indican que ha sido maltratada, posiblemente violada. Usted se acercará a Melanie y la cámara les presentará a ustedes dos en un plano medio.

Cuando le quitan las esposas, ella salta de la cama y golpea a los que le rodean, grita históricamente, busca una salida tratando de huir. El encierro la ha enloquecido. No reconoce a nadie, no sabe que los que están a su alrededor son policías. No comprende que ahora se encuentra a salvo. El maquillador ha de darle un toque demacrado a Melanie, pero sin pasarse, no quiero que parezca una muerta, quiero que parezca y que represente a una mujer alienada. Al verla así, Gamboa le pide a Hornos que traigan un médico. La chica necesita un sedante. Hornos apunta que tal vez sea drogadicta, pero de momento, esta hipótesis no debe quedar ni confirmada ni desmentida. Usted, Gamboa, asiente, y cursa las órdenes oportunas para que traigan un equipo médico y todo lo que puedan necesitar. Mientras da esas órdenes, Melanie sale corriendo y usted la alcanza al otro lado de la puerta. Usted la sujetará por la cintura y mientras ella intenta golpearle, usted la alza en el aire y termina llevándosela en brazos hasta la cama. La suelta y la chica le mira asustada. Sin embargo, ha dejado de gritar y poco a poco, parece que va recuperando una cierta serenidad. Ella ha dejado de mirarle y ahora se mueve con un ligero balanceo, se abraza las piernas con los brazos, haciéndose un ovillo, y repite como una letanía la misma frase, con ligeras variaciones: “quiero salir, déjenme salir, quiero salir de aquí, por favor tengo que salir, quiero salir, Borja, sácame de aquí”. A usted tiene que cambiarle la expresión cuando oiga el nombre de Borja. Debe ser como una sacudida. La cámara registrará su gesto en un primer plano. Se acercará a la chica y la interrogará, sin resultado. Al ver que Melanie se niega a responder, o que no puede hacerlo, se rebela y actúa con nerviosismo creciente. Quiere confirmar lo que ha oído. Está seguro de que ha oído el nombre de Borja. Se pregunta si ha pronunciado ese nombre o si su imaginación le ha traicionado, duda, termina admitiendo que aunque lo hubiera dicho, podía

estar refiriéndose a otro Borja. Pero, en el fondo, sabe que no es cierto. ¿A cuántos Borjas ha conocido en su vida?, piensa. Sólo a uno, y no puede decirse que lo llegara a conocer. Hacía tiempo que no lo había visto y ni siquiera estaba seguro de que pudiera llegar a reconocerlo basándose en la fotografía que Julia le entregó. Sacude a Melanie por los hombros y vuelve a interrogarle. Le reclama una respuesta, pero la chica sigue confusa, y reacciona como si estuviese sonámbula. Hornos le pone una mano sobre el hombro de Gamboa y le recomienda que espere un poco, que es mejor esperar. Pronto vendrá el médico, le dice con ese tono tranquilizador que siempre usa él y que a usted le irrita. Se enfada con Hornos, suelta una inconveniencia y se levanta bruscamente. Hornos le mira con sorpresa, pero sin rencor. En la última escena rodada en esta habitación la cámara recogerá un plano americano en el que se verá a Hornos de pie y a Melanie sentada en la cama. Después la cámara girará lentamente hacia la izquierda, en dirección a la puerta, y le veremos a usted, el inspector, de espaldas, saliendo por la puerta con un andar en el que debe notarse claramente el cansancio y la consternación, y mientras camina quiero que se sujete el brazo así, como le estoy mostrando, eso es, con la mano derecha sujetándose el brazo izquierdo.

El señor Fernández dejó el plato sobre la mesita. A continuación se acercó a la chica y le quitó la venda de la boca.

—Es la hora de comer —anunció.

—No pienso comer esa bazofia —contestó la chica—
Quiero cigarrillos. Y ver a Borja.

—No te daré cigarrillos. Odio el humo del tabaco. En cuanto a Borja, vas a tener que olvidarte de él. Ahora sólo estamos tú y yo. ¿Creísteis que ibais a engañarme tú y esa rata?

—Nosotros no engañamos a nadie —dijo Melanie con voz desvaída, plenamente consciente de la inutilidad de sus palabras.

—Será mejor que comas —insistió el señor Fernández— Tu padre querrá verte entera cuando haya cobrado el rescate.

—¿Y qué pasa con Borja?

—Ya te he dicho que más te vale olvidarte de él. Su vida no vale ya nada.

—¿Qué quieres decir? ¿Lo vas a matar? ¿Es eso?

El señor Fernández no contestó. Melanie gritó con desesperación.

—Está bien. Al diablo Borja. Al diablo todos los planes. ¿Qué más da? Yo sólo quiero tener mi parte.

—¿De qué parte hablas?

—Lo que me corresponde por este absurdo secuestro, naturalmente.

—No sabía que este secuestro fuese absurdo. Y no conozco ningún caso en el que la persona secuestrada haya cobrado una parte del rescate. Eso sí que es absurdo, ¿no te parece?

—¡Jódete, cabrón! ¡Quiero mi dinero! ¡Me darás mi dinero o yo...!

—¿O qué? ¿Se lo contarás a tu padre, es eso? ¿Qué diablos te has creído, niñata engreída? ¿Piensas que estás en condiciones de amenazarme y de exigir? Cuando esto acabe volverás con papaíta. Y procura contentarte con volver entera.

Melanie volcó el plato de comida en un arrebato de desesperación. El señor Fernández se agachó y comenzó a recogerlo tranquilamente.

—¿No quieres comer? Ya te dará hambre. Hace falta ser de una pasta muy especial para aguantar, nena, y tú no eres así. Antes o después comerás.

—No lo haré. Moriré de hambre, pero tú no cobrarás el rescate.

El señor Fernández torció el labio, como en una media sonrisa.

—Ya veremos —dijo, y sacó una pistola de su americana.

Ella retrocedió inútilmente, pues se encontraba esposada a la cama. Fernández le metió el cañón de la pistola por la boca.

—¿La niña mala no quiere comer? —dijo con un tono de voz en el que no se ocultaba la irritación—. Pues ahora verás.

Tiró la bandeja con el servicio de comida y se hizo añicos. A continuación comenzó a sacudirle con la pistola en la mano. Le dio tres, cuatro, hasta cinco veces.

—¿La niña traviesa quiere ver a su Borja? —dijo usando el mismo tono de voz de antes—. Pues de momento sólo me vas a tener a mí, maldita zorra.

Y diciendo eso, se abalanzó sobre ella.

No sé si a estas alturas es necesario decírsele, pero lo verdaderamente importante de esta película no es la trama más o menos policiaca, ni siquiera el hecho de que ésta parezca o no verosímil, lo importante en sí es la búsqueda que se lleva a cabo. En “Centauros del desierto”, Ethan Edwards dedica varios años de su vida a buscar a su sobrina. Sólo al final comprendemos que la búsqueda se ha transformado en una especie de expiación, y que

el personaje de John Wayne sólo está buscándose a sí mismo. Por motivos que afectan al guión, la búsqueda de esta película es mucho más corta, pero eso no debe preocuparnos. En nuestro caso, sin embargo, la búsqueda es múltiple. El inspector trata de encontrar a un hombre al que cree culpable de la muerte de su ex novia Julia, todo ello sin que Borja sospeche siquiera que Gamboa busca una venganza personal. Por otro lado, Melanie, ahora en poder del señor Fernández, está siendo buscada por su padre y por Borja. Al mismo tiempo, el padre de Melanie ha puesto precio a la cabeza de los secuestradores, y ha encargado a un asesino profesional que los encuentre y les dé muerte. En esta aparente confusión en la que todos parecen estar jugando sin saberlo al gato y al ratón, usted es el personaje que parece perseguido por todos y, aunque no sea plenamente consciente de ello, también es el que más miedo siente. Pero hay una fuerza que lo empuja por encima del miedo: la codicia. Usted es capaz de poner en juego su vida para obtener su preciado botín: el rescate de Melanie. Obviamente, usted no siente amor por ella, debe tener esto presente. Ella no representa para usted sino un divertimento pasajero. Ni siquiera espera que ella pueda ofrecerle algo más que puro sexo. En definitiva, ella es para usted un medio de conseguir lo que quiere, es decir, retirarse a un lugar remoto donde poder disfrutar cómodamente de una vida holgada, romper con el mundo que conoce y que ha llegado a aburrirle. Cuando comienza a sentirse en peligro, cuando el miedo aflora, usted ya ha puesto en marcha el juego, ha asumido todos los riesgos. Pronto descubre que su plan tenía demasiadas grietas, que han surgido imprevistos que usted no había considerado. Piensa que su socio en este turbio negocio lo ha traicionado o va a hacerlo y decide adelantarse a él. Por eso le facilita su rastro al padre de Melanie, tratando de cubrirse las espaldas, sin sospechar siquiera que él ya ha hecho lo mismo.

Es a partir de ese momento cuando todo se complica hasta un extremo insoportable...

El señor Fernández le dio un sorbo a su café y consultó la hora en su reloj. Comprobó con fastidio que ella volvía a llegar tarde. Siempre le molestó la falta de puntualidad, aun cuando la persona que le hacía esperar fuese una mujer. Desde la cristalera de la cafetería divisó al fin a Julia cruzando la calle. Debía de andar por los cuarenta y tantos, pensó, y pese a ello aún conservaba gran parte del atractivo de su juventud, lo que seguía haciéndola parecer deseable. Al entrar en la cafetería, Julia se detuvo delante del espejo de la barra, para comprobar su peinado. Él no pudo resistir esa muestra final de coquetería, y soltó un resoplido cargado de impaciencia.

—Ya era hora —le recriminó ásperamente cuando ella llegó a la mesa—. Llevo más de media hora esperando. No me gusta perder el tiempo.

—No comiences a protestar tan pronto —replicó ella sacando una pitillera de su bolso—. ¿Qué novedades me traes?

—Adivina qué. Tu marido quería engañarnos a los dos. Tenía planeado irse con la muchacha y dejarnos con dos palmos de narices.

Julia encendió un cigarrillo y le dio una gran calada, que exhaló en la cara del señor Fernández.

—Si no te importa, yo no fumo —dijo Fernández con un mohín de desagrado.

—Perdona, no me he dado cuenta. Así que Borja ahora

corre tras las faldas de las jovencitas. El muy cerdo. ¿Y tú que has hecho al respecto?

—Me he llevado a la chica a un lugar seguro. En cuanto a tu marido, por lo que a mí respecta, nuestro trato se ha roto, él ha quedado fuera de este negocio. Él ha traicionado mi confianza, ha tratado de engañarme, y a mí no me gustan las trampas ni las mentiras. En cualquier otro caso lo hubiera matado, pero tranquila, no voy a ser yo quien te deje viuda. Otros se encargarán de hacerlo.

Julia se tornó inquieta.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó sin obtener respuesta. Con un ligero temblor, volvió a aspirar el humo de su cigarrillo. Por segunda vez, el humo fue a parar a la cara del señor Fernández. Éste le sujetó fuertemente la muñeca con la mano izquierda, y con la otra le arrancó el cigarro de la mano y lo aplastó contra el cenicero.

—Te he dicho que no me gusta el humo.

Hubo un silencio. Fernández miraba fijamente a Julia, quien a su vez, le sostenía la mirada. Al fin, ésta dijo:

—Bueno, ¿y qué pasa conmigo? ¿Qué me voy a llevar yo de todo esto?

—¿Tú? Pues lo mismo que tu marido, nena. El cincuenta por ciento de nada.

—¡Pero eso no es justo! Fui yo quien os puso en contacto.

—Sí, eso es cierto. Pero siempre te guardaste de ponerte a cubierto. Tu marido no sabe que tú y yo estábamos de acuerdo.

—¿Cómo que estábamos? ¿Es que ya no cuento nada? Para que lo sepas, aún puedo...

—¿Qué? —la interrumpió bruscamente—
¿Denunciarme? Inténtalo, nena, y darás con tu pellejo en el fondo del río. Sabes que no bromeo.

—No te pongas así. Aún puedo serte útil.

—¿Para qué?

—Para quitarte a Borja de encima. Si él aparece ahora, tratará de estropear todo este asunto. Él no se va a conformar con nada.

—Puedo apañarme yo solo —dijo levantándose. Dejó caer unas monedas sobre la mesa y añadió—: Pide lo que quieras. Invito yo.

El señor Fernández inició la retirada. Julia se quedó sentada a la mesa, sin ocurrírsele nada que decir. Se sentía como quien ha perdido todas las manos de un juego de póquer, y sabe que ya no puede ganar. Permaneció sentada, mirando las monedas que el hombre había dejado allí. Entonces oyó la voz a sus espaldas que le decía:

—Está bien. Aún creo que puedes hacer una cosa. Tengo entendido que tienes un amigo en la policía...

Les he llamado a ustedes dos porque tienen unos papeles muy similares y creo que lo que voy a decirles puede resultar de utilidad para ambos. Ustedes van a interpretar a dos matones. El primero, es decir, usted, es el cómplice del abogado en el secuestro de la chica. Su papel es corto pero necesario, pues usted es quien va a desencadenar el fracaso del plan, acelerando su fin. En cuanto a usted, va a ser el ejecutor cuya misión consiste en matar a los secuestradores, por encargo del padre de la víctima. Su personaje va a rastrear durante toda la película el paradero de la chica y, en su momento, también el de los secuestradores.

Sin embargo, hay algo esencial que deseo de sus personajes: si los he elegido a ustedes es porque no llevan escrito en sus caras que son los malos. Hay actores que tienen esa impronta, como le pasaba a Jack Palance, que pasó toda su carrera interpretando al malo de la película, o al villano, como les ha dado ahora por decir a algunos, o por poner un ejemplo más reciente nombraré a Joe Pesci, que en muchos sentidos ha sido el estereotipo perfecto del mafioso, o al menos el retrato más aproximado a como uno se imagina que debe ser el mafioso de la calle: no alguien tan refinado, apuesto y elegante como Marlon Brando en “El padrino”, sino más bien pequeño, regordete, feo, con cara de mala leche. Yo les prefiero a ustedes porque poseen una cara más neutra. Por otra parte, me gustaría que no olvidaran qué tipo de persona representan. Recuerden que son dos asesinos, como aquellos tipos que intervienen en la secuencia inicial de “Forajidos”, supongo que la recordarán porque es espectacular: un Burt Lancaster cansado de huir se deja asesinar por sus implacables perseguidores y a continuación la película arranca con uno de los *flashback* más memorables de la historia del cine. Los hombres que asesinan a Lancaster son profesionales y eso se hace notar en la película. Eso es exactamente lo que yo espero de ustedes. Quiero que sean sus maneras y no sus rostros los que reflejen que son auténticos killers, como los de la película de Siodmak. Quiero que presten especial atención a este aspecto cuando rodemos la escena en que ustedes dos se encuentran. Si ya la han leído en el guión, supongo que la habrán imaginado en sus mentes como una especie de duelo del oeste. La comparación puede resultar aceptable dependiendo del duelo que tengan en mente. Yo tomaría como ejemplo el que mantiene Clint Eastwood al final de “El jinete pálido”. En ese duelo los dos pistoleros son profesionales, y ninguno teme morir. En la apoteosis de la escena final Clint Eastwood recarga los revólveres sin dejar de caminar

hacia su oponente, y éste no dispara hasta que el primero ha terminado de recargar, sino que lo espera con aplomo, incluso se podría decir que hay una cierta caballerosidad en su gesto, como si quisiera resarcirse por la cobardía de haber disparado en el pasado contra Clint Eastwood por la espalda. Algo así les sucede a ustedes dos en la película cuando uno de los dos ha de matar al otro, el que va a morir levanta los ojos sin miedo, sin rencor, asume su muerte como un gaje del oficio y le dice a su colega: “Adelante, dispara ya”.

—Con su permiso, señor inspector—dijo Hornos desde la puerta del despacho.

—Adelante, Hornos.

El sargento dudó un momento antes de entrar. Con cierta cautela, dijo:

—Creo que podemos dar la búsqueda por finalizada, señor.

—¿A qué se refiere, sargento?

Hornos carraspeó. Luego dijo titubeando:

—Todo este asunto ha resultado ser muy extraño. Buscábamos a un hombre al que aún no hemos encontrado, y

por el camino hemos dejado dos cadáveres y hemos dado con esa muchacha, Melanie.

—Sí.

—Ella se lo explicó todo a su padre. ¿Sabe que fue lo primero que pidió cuando recuperó la calma, al poco de encontrarla?

—No tengo ni idea, sargento.

—Un cigarrillo. ¿Se imagina? Ese tal Fernández no le daba de comer. Ni siquiera la dejaba fumar. Resulta irónico, ¿no cree? Me refiero a que se preocupara por su salud, si es que era ése el motivo de no quisiera que ella fumara.

—Dudo mucho que esa fuera la razón, sargento —dijo sin levantar la vista del escritorio—. A veces los hombres son tan... imprevisibles. Nuestras mentes son un auténtico misterio, ¿no cree? A veces encierran secretos que ni siquiera nosotros mismos conocemos, como cajas fuertes de las que desconocemos la combinación y que, paradójicamente, a veces se abren solas y se vuelven a cerrar, sin que sepamos cómo ni por qué.

El inspector levantó la mirada y vio que el sargento lo miraba con incompreensión. Sonrió con un asomo de cansancio.

—No me haga caso, sargento. Sé lo que me quiere decir. Sin proponérselo, hemos resuelto un secuestro, uno de los secuestradores está muerto y el otro está fuera de juego si es que no lo han matado también... Posiblemente no sepamos nunca nada de él. Caso cerrado. ¿No es eso lo que ha venido a decirme?

El sargento lanzó un suspiro.

—Eso es, inspector.

Gamboa asintió. Se levantó de su asiento y caminó hacia Hornos, que seguía de pie.

—El problema, sargento, es que este caso no ha terminado para mí. Soy consciente de que nunca sacaremos nada más en claro. La chica ha vuelto con su padre, el rescate

no se ha llegado a cobrar, y ese tal Borja a estas alturas debe de estar muerto o, en el mejor de los casos, lejos de aquí. Pero hay otro detalle, Hornos. Una de las personas que han muerto en este estúpido entramado significaba mucho para mí. Por ella he estado luchando todos estos años, sargento. Por ella he permanecido aquí. Abandonar ahora el caso significaría para mí cerrar de golpe un libro que he mantenido muchos años abierto. Con una esperanza falsa, lo sé. Pero era mi esperanza.

—Inspector...

—No me haga caso, sargento. No se preocupe por mí. Seguiré con el caso yo solo. Me tomarán por un loco, sé que me va a reprochar eso. Sin embargo, nunca me he sentido tan cuerdo como ahora.

—Perdone mi insistencia, señor, pero creo que no merecerá la pena. Puede que pasen años antes de que vuelva a dar con él.

—Esperaré, sargento, esperaré. No he hecho otra cosa en toda mi vida. Y ahora váyase.

—¡Acción! —ordena el director desde su silla, concentrado en la escena que se iba a rodar. La cámara permanece fija. El silencio es total.

La mujer está en la cama, dormida. La habitación está a oscuras, y por una ventana entra, filtrada, la luz artificial de la calle. En el plano vemos que, junto a la mujer hay otra persona. De repente vemos que alguien entra en la habitación, y lo hace con sigilo. Se detiene a unos pasos de la cama y se escuchan dos

disparos. La vista del espectador se debe haber acostumbrado ya a la penumbra, y vemos que el hombre se incorpora en la cama, sentándose. Trata de alcanzar algo con la mano, pero en ese preciso instante, el hombre que está de pie le golpea. La escena queda en silencio. Entonces se enciende una lámpara y vemos claramente al hombre rubio, apuntando con una pistola al señor Fernández. Éste tiene una brecha en la sien que no deja de sangrar; se la toca y examina la sangre en sus dedos, a continuación mira a su lado y ve a Julia muerta. No aparenta tener miedo, ni siquiera desconcierto; se limita a mirar al hombre rubio y le interroga con la mirada.

—Dónde está —dice el hombre rubio secamente, afirmando más que preguntando.

—¿Dónde está quién? —responde Fernández altaneramente.

—No me haga perder el tiempo. La chica. Melanie. Dónde está.

—No sé de que me habla. Si piensa matarme, acabe de una vez. No voy a jugar a las adivinanzas con usted.

El otro le mira fijamente, hay una cierta sorpresa en su mirada.

—Usted no es Borja —dice, como si hasta entonces no se hubiera dado cuenta.

Fernández no responde. El hombre rubio usa la mano que tiene libre para sacar un cigarrillo. Se dispone a encenderlo cuando el señor Fernández le dice:

—No fume aquí. Detesto el humo del tabaco.

El hombre rubio detiene la llama del mechero antes de que ésta alcance la punta del cigarrillo que cuelga de sus labios. Sin apagar el encendedor levanta la pistola y apunta.

—Gracias por el fuego —dice el señor Fernández antes de morir.

Se oye el sonido de la claqueta. El director parece dudar. Se pone en pie y da órdenes a todo el equipo. Por último dice:

—¡Muy bien! Vamos a hacer la toma una vez más. Todos a sus puestos.

—¿Por qué? —dice el hombre rubio, volviéndose hacia él, con gesto furioso.

—No tengo por qué darte explicaciones —contesta el director, bastante molesto por el tono con que se ha dirigido a él—. En cualquier caso, si te sirve de consuelo, no ha sido por tu culpa. Pero vamos a repetir.

—¡Pero si ha estado perfecto! —insiste impaciente el hombre rubio, levantando la pistola hacia el director, con un movimiento del todo inconsciente.

—No pienso discutir. Yo soy el director. Yo digo cuándo está bien y basta. Y ahora vuelve a tu sitio.

El hombre rubio vuelve a su posición inicial, sin dejar de refunfuñar. El resto del equipo murmura. Todos están cansados. Era la décima vez que repetían la escena.

—¡Todos a sus puestos! —grita el ayudante de dirección.

No tarda en hacerse el silencio. La escena comienza de nuevo. El director sigue con atención cada gesto, cada movimiento, hasta la dirección de las miradas. Con gesto desesperado, interrumpe la escena. Se levanta tan bruscamente, que tira la silla hacia atrás.

—¡No, no, Dios mío, no es así!

Todos resoplan; había que volver a empezar.

El cuerpo permanecía prácticamente inerte, flotando boca abajo en el centro del río desplazándose con imperceptible

lentitud hacia las esclusas. Una lancha neumática avanzaba despacio en dirección al cadáver, abriéndose paso entre los restos anónimos de basura y algunas aves muertas que comenzaban a descomponerse. Entretanto, el grupo de curiosos que observaba cómo se llevaba a cabo el morboso rescate, iba en aumento. Dos bomberos saltaron de la lancha introduciéndose en el agua y amarraron el cuerpo a una especie de parihuela que, a continuación, fue izada con la ayuda de una pequeña grúa.

Un coche de la policía quedaba fuera de la vista, oculto por una ambulancia y el coche de los bomberos. El inspector estaba de pie junto al auto, apoyado en la puerta abierta, esperando a que finalizara la operación de rescate. El sargento Hornos se aproximó a él para comunicarle que ya habían sacado el cuerpo del agua; el inspector asintió sin inmutarse y caminó tras el sargento. A pesar de que en su vida había visto muchos cadáveres y en estados mucho peores que aquél, sintió una opresión el estómago cuando miró a ése.

—¿Lo conocía? —preguntó el sargento al ver que el inspector torcía el gesto.

—En realidad no —dijo encogiéndose de hombros.

La boca parecía sonreír, formando un rictus inusual en un cadáver. El inspector sintió un malestar singular, pues por un lado tenía la incómoda sensación de que el ahogado le sonreía a él como a un viejo conocido y, por otra parte, era como si, al mismo tiempo, estuviese violando la intimidad de un ser por completo ajeno y desconocido. Unos hombres levantaron la camilla del suelo y, al introducirla en la ambulancia, el cuerpo se bamboleó y produjo un ruido seco al golpear contra el suelo del furgón. La ambulancia arrancó un poco después y puso en marcha la ruidosa sirena, que se abrió paso entre ese silencio tan peculiar que organiza la muerte cuando quiere indicar su presencia en el mundo de los vivos.

El inspector, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, permaneció inmóvil hasta que perdió por completo de vista a la ambulancia y dejó de escuchar el irritante sonido de la sirena. El sargento Hornos había aguardado detrás de él, como un perro fiel esperando a recibir instrucciones de su amo. El inspector podía percibir de forma inequívoca su presencia sin necesidad de volverse.

—Lléveme a casa, sargento—dijo el inspector sin variar su posición—. No he aprendido nunca a conducir un coche—añadió, como si tratara de disculparse—. Sabe, a veces, cuando pienso en el tiempo que he gastado en no aprender a hacer cosas...

No, gracias, pero no asistiré a la fiesta de despedida del rodaje. He de confesar que me desesperan esas fiestas. Por favor, no se lo tomen a mal; no es que me desagrade la compañía del equipo, es sencillamente que no me gustan los adioses. ¿Sabe? Cada película que ruedo es como un mundo que termina por cobrar vida propia. Un pequeño sistema planetario en el que, además de los técnicos y los actores que intervienen en ella, hay toda una historia que he visto desarrollarse, crecer, para finalmente alcanzar su fin. Es como si fuera un hijo, por el que te has desvivido hasta que, al fin, te das cuenta de que ha llegado la hora de dejarlo marchar. No sé si les sucede igual a los artistas que están trabajando en otro tipo de creaciones, literarias, musicales, o cualesquiera que sean. En todo caso, dudo que puedan sentir lo mismo. Un cineasta se encarga de dar vida a una historia que a su vez se subdivide en muchos mundos, en

vidas que a menudo corren paralelas. Cuando, además, se trata, como en este caso, de una experiencia grata, yo sencillamente detesto que termine. Ya sé que tiene que ocurrir así, que si no se terminara, el trabajo quedaría incompleto, mutilado y, por tanto, sería inútil. Pero uno llega a querer a sus personajes. Cuando rodemos la última escena, la mandaré a la sala de montaje y yo ya no estaré allí para ver la última toma.

La cámara enfoca al inspector y al sargento. Ambos observan cómo los bomberos extraen un cuerpo del agua. Al meter la camilla en la ambulancia, la cámara enseña un primer plano del cadáver. Es el hombre rubio. El inspector se acerca y en su rostro se lee una profunda decepción. El sargento le pregunta si lo conocía. El se encoge de hombros y musita una respuesta negativa. Hornos observa a Gamboa desde atrás. Va a decir algo, pero en el último momento se calla.

—Lléveme a casa, sargento —dice el inspector sin variar su posición—. No he aprendido nunca a conducir un coche —añade, como si tratara de disculparse—. Sabe, a veces, cuando pienso en el tiempo que he gastado en no aprender a hacer cosas...

El sargento abre la puerta delantera y espera a que Gamboa se siente, cerrando entonces con suavidad. Sin prisas, se dirige a su asiento y pone en marcha el coche. La cámara sigue al automóvil que se aleja por la calle que recorre el río. En un momento del recorrido, Gamboa dice:

—Detenga el coche, sargento.

—¿Señor?

—He dicho que detenga el coche.

El sargento frena y mira al inspector, no con preocupación, pero sí con curiosidad. Gamboa abre la puerta y sale del coche.

—Hoy ha sido un mal día, Hornos. Creo que voy a irme andando.

—Ese hombre...

—Era el hombre equivocado —le cortó Gamboa—. Eso es todo. No le dé más vueltas. Yo voy a procurar hacer lo mismo.

—¿Tiene idea de cómo...?

—¿Qué importa eso ahora? Tal vez forcejearon en el puente y Borja consiguió que el otro perdiera el equilibrio, o tal vez el otro trató de empujar a Borja y con el mismo impulso cayó al fondo del río. En cualquier caso, él iba a matarlo, Hornos. Dios sabe que lo iba a hacer. Yo mismo me encargué de llamar a Azpeitia, para contarle que Borja había estado en mi casa. Se puso furioso, Hornos, me aseguró que no saldría del país con vida. Azpeitia se la tenía jurada, pero esta vez sus hombres le han fallado. No obstante, ya conoce a este tipo de personas. Cuando un perro rabioso muerde, no suelta a su presa tan fácilmente. Así que supongo que Azpeitia seguirá hasta dar con él, de eso no le quepa la menor duda. Da igual dónde se esconda. La búsqueda será implacable. Pero a mí ya nada de eso me importa. Créame. Nada.

—¿Está seguro de que no quiere que lo lleve a su casa?

El inspector asintió con la cabeza.

—Déjeme solo, Hornos. No me vendrá mal el aire fresco.

El coche arranca y sale de la escena. La cámara se acerca a Gamboa, y le sigue con un movimiento de grúa hasta que éste se detiene, mirando hacia el río. Vemos un plano-contraplano del inspector mirando a un lado y a otro de la calle. Está desierta. Y él está definitivamente solo.

Este libro se terminó de imprimir en
el 22 de Enero de 2009,
festividad de San Vicente Mártir,
en los talleres de Yecla-Grafic.

LAVS DEO

